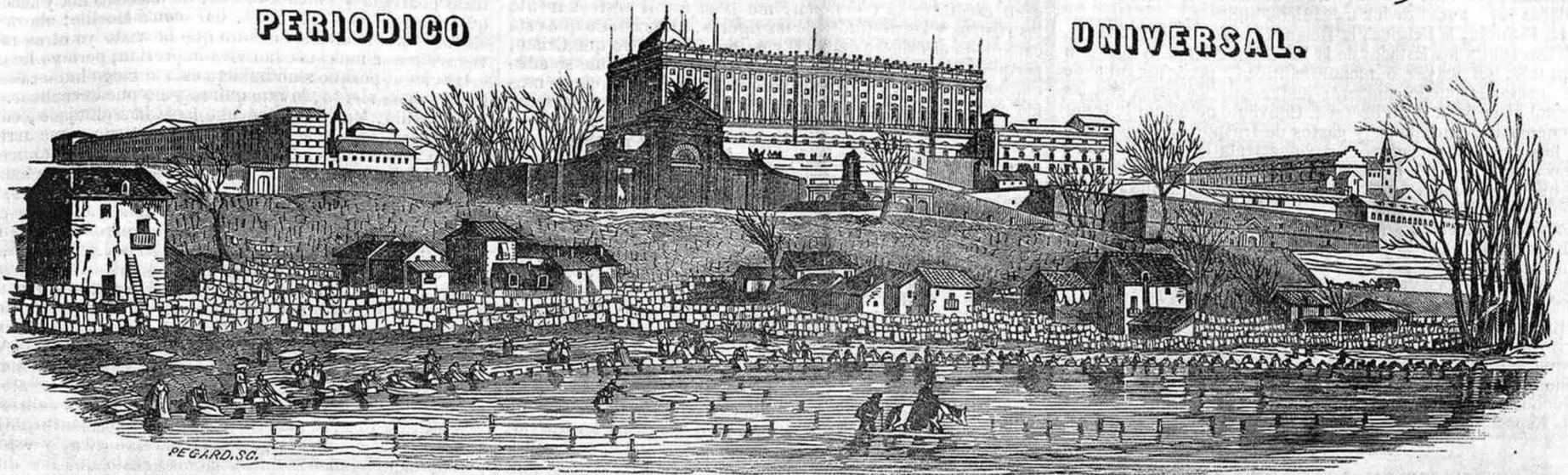


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 60.
Número suelto 4 rs.

NUM. 29.—SÁBADO 17 DE JULIO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

ENTRADA DE SS. AA. LOS SERMOS. SEÑORES INFANTES Duques de Montpensier, en Mahon.

Aunque tarde, vamos á dar noticia en las páginas de LA ILUSTRACION del suceso que indicamos á la cabeza de estas líneas, cuya relacion y dibujo que la acompaña, han tenido la bondad de dirigirnos de Mahon. Hé aquí la comunicacion recibida:

«Sabiéndose que segun el itinerario de los príncipes desde Palma debian hacer rumbo directamente á Génova, fué tal la impresion producida en los mahoneses por su imprevista y súbita aparicion, que aun viendo ondear el regio estandarte en el punto se resistia el ánimo á dar entero crédito á la manifestacion patente de la evidencia. Si un simple aviso telegráfico hubiera participado con alguna anticipacion la venida de los príncipes, se hubiera evitado al ayuntamiento los apuros y conflictos en que se vió sumido para dar á la recepcion oficial de SS. AA., sino todo el brillo y magnificencia que hacia de todo punto imposible la premura del tiempo, al menos el decoro conveniente á la alta jerarquía de los ilustres viajeros. Pero gracias al celo y entusiasmo del vecindario, junto con las felices inspiraciones y los prodigios de actividad debidos á esta corporacion municipal, sacose todo el partido posible de la perentoriedad de las circunstancias, y un éxito completo indemnizó largamente de no pocos afanes, inquietudes y zozobras.

»No incumbe á mi propósito consignar el programa de los festejos públicos, pues los periódicos de provincia es regular se ocupen de ello. Unicamente para facilitar la inteligencia del dibujo adjunto y darle el colorido local que de otra suerte le faltaria, voy á entrar en la descripcion de los principales detalles del episodio que representa.

»Nuestro hermoso sol meridional no parece sino que el 24 de abril quiso tomar parte en el regocijo público, y saliendo de entre las nubes, doró con un vivo rayo la inmensa superficie del puerto, tranquila, sosegada y tersa como un espejo. Mas de doscientos botes tripulados por las personas notables de la poblacion, vestidas de rigurosa etiqueta, cruzan y se agitan en todas direcciones formando grupos de un efecto tan pintoresco que desde alguna distancia se les pudiera tomar por una tumultuosa bandada de pájaros acuáticos, jugueteando graciosamente por las aguas inmóviles de un estanque. Un pueblo inmenso, vestido con el traje de fiesta, hierva y se apina á lo largo del vasto muelle, corona las imponentes alturas del puerto, ocupa las azoteas, toma posesion de todos los sitios elevados, de todos los puntos culminantes. Reina cierto silencio de ansiedad en aquella multitud compacta de cabezas que se destacan sobre un fondo matizado de infinitos colores, confundidos por su perspectiva en una tinta uniforme y oscura, silencio que comunica al cuadro algo de severo, grave y majestuoso. El pabellon ondea en los barcos y edificios públicos: la marineria de los buques de guerra puebla las verjas.

»De improviso resuenan en las tripulaciones los vivas de ordenanza, secundados por la poderosa aclamacion de la mu-

chedumbre: truena el cañon de la plaza, y miles de pañuelos y miles de sombreros frenéticamente agitados azotan el aire. Aparecen SS. AA., y entonces los grupos de botes, bogando al compás de las músicas militares, se ordenan en dos filas de honor perfectamente paralelas, cuyos extremos van á apoyarse en los costados del Isabel II y en el desembarcadero, por entre las cuales se desliza majestuosamente la régia falua, recibiendo á su tránsito unánimes y estrepitosas muestras de amor y de entusiasmo. A medida que avanzan SS. AA., rompiendo los botes su alineacion por medio de una hábil maniobra, acuden á situarse detrás de los príncipes, formando un numeroso cortejo que sigue en este órden hasta tocar la orilla. Al poner el pié en tierra los serenísimos duques, el alcalde, al frente del ayuntamiento da los gritos de viva la Reina y vivan los príncipes, y contestados por las corporaciones civiles y militares, y repetidos después por la muchedumbre como un eco inmenso, rompiendo el acompañamiento la marcha subieron á la ciudad, efectuando su solemne entrada.»

Fresca todavia en el corazon y en la memoria de los mahoneses la grata impresion producida por este suceso, no he po-

ratos de salvamento, otro para recoger el azúcar en el vacio, y muchos mas de menor volúmen.

Algunos modelos principales, cuidadosamente colocados, figuraban en la nave principal. Entre estos debemos hacer mencion del que representa el Britania-bridge, y el del puente colgante que erige actualmente M. Vignoles en Kief (Rusia) sobre el Nieper, y que ha sido construido en Inglaterra por MM. Fox Henderson y compañía, autores del Palacio de la Esposicion. Cerca de dichos modelos se hallaba tambien el del puente de Chepstow, proyectado por M. Brunel, y en el extremo Oeste un modelo en grande de los diques de Liverpool.

A juzgar por lo que ha espuesto, no ha dejado de hacer la Francia algunos progresos en este ramo científico de la industria, pues varios aparatos nuevos atestiguan su disposicion para la maquinaria, así como el buen gusto y una ejecucion sólida ponen de manifiesto la inteligencia de sus obreros. Los ingenieros franceses han llegado al fin á convencerse de que la forma útil, necesaria para las funciones de la máquina, está mas cerca de la perfeccion que los inútiles adornos y el brillo de los metales. Así lo requiere el verdadero objeto de la mecánica.

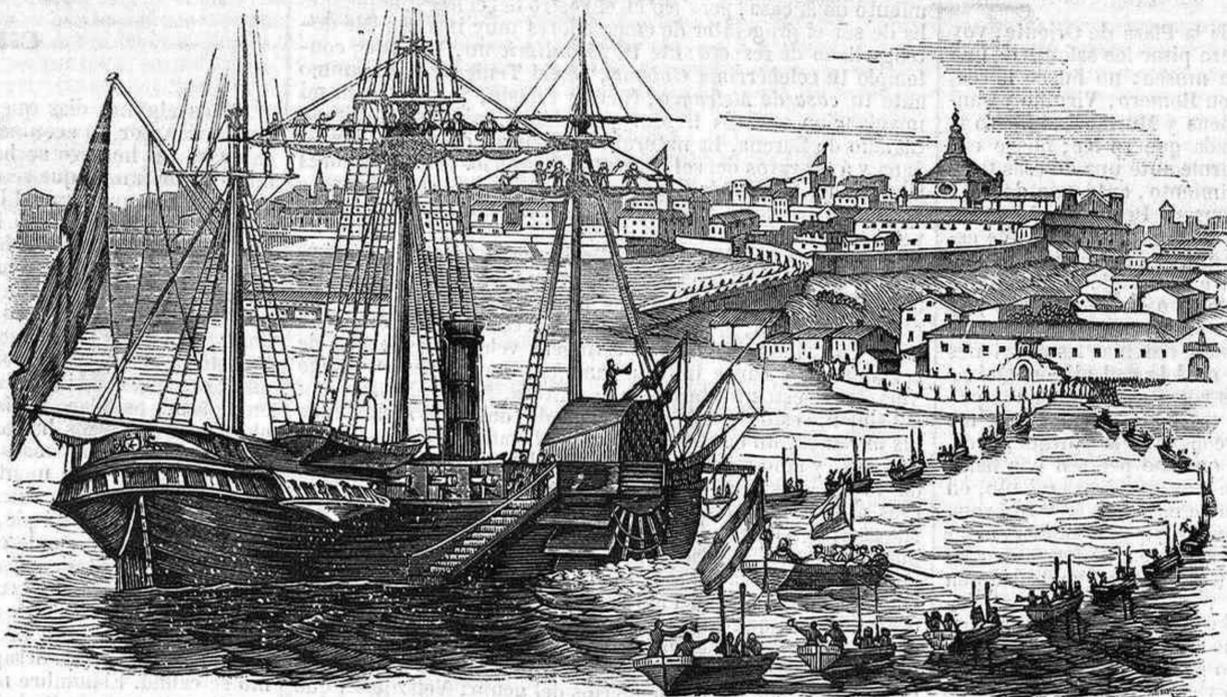
La Bélgica espuso dos locomotivas, una máquina para la marina, y otras diversas de excelente ejecucion.

El resto de Europa ha concurrido muy poco á enriquecer la esposicion en cuanto á máquinas.

Volvamos á Inglaterra. MM. Chance, de Birmingham, y MM. Wilkins, de Long-acre, presentaron en la nave principal dos aparatos de luz polyzonal y catadrióptica para faros. En la galería del Norte se hallaban los modelos del faro de Skerryvore y de otros muchos, ejecutados por M. Alan Stevenson, y remitidos por los comisarios de los faros del Norte. Tambien habia un modelo perfectamente concluido de faro ordinario, obra de M. George Wells, del departamento del almirantazgo. Su perfeccion consistia en tener cuatro aberturas, y aun mas, precisamente debajo de la linterna iluminada, y en dichas aberturas cristales en bruto con caracteres telegráficos. Se espusieron además en el mismo sitio otros

muchos modelos de faros y de balisas. En la misma galería se encontraba una vasta coleccion de puentes, planos inclinados, puentes, diques, máquinas para achicar, tunels, casas, ventanas, chimeneas, baterías galvánicas para minas, señales para buques, bombas, cadenas-cables, escotillones, etc. Entre estos modelos era notable el del puente á nivel levantado, de Newcastle, y otro para atravesar el Rhin en Colonia, dibujado por el capitán Moorsom. Asimismo llamaban la atencion algunos modelos para gas y para gasómetros; pero la esposicion de los primeros aparatos era muy limitada, porque en el Palacio de Cristal no se permitia luz ni fuego alguno. Esta prohibicion indispensable tenia por objeto obligar á los fabricantes de aparatos de gas á que rehusasen los beneficios de la Esposicion. En el mismo departamento funcionaba la bomba de ventilacion de MM. O. y J. Hill, impelida por una pesa, y empujando una masa considerable de aire con moderada velocidad, lo cual conviene mucho para la ventilacion de las casas particulares.

No acabariamos nunca si tratásemos de enumerar una por una todas las máquinas, aparatos y modelos que el inge-



Vista del puerto de Mahon á la entrada de SS. AA.

dido resistir al deseo de darle publicidad mediante el adjunto dibujo. He creido que el episodio que representa no es indigno de figurar en LA ILUSTRACION.

ESPOSICION DE LONDRES.

Volvamos á anudar el hilo de nuestro exámen sobre las máquinas de la esposicion inglesa, que interrumpimos en nuestro número anterior.

En el centro de la division del Este del Palacio de Cristal se veía la famosa grua de M. David Henderson, y á su lado la prensa hidráulica monstruo, que sirvió para elevar los tubos del Britania-bridge. No lejos de allí estaban las máquinas de gas carbónico, llamadas de Soda-Water (agua de soda), y en cuya fabricacion no entra un átomo de esta sustancia, así como varios generadores, un aparato para separar la ulla en las minas, máquinas para pesar, bombas para incendios, apa-

nio inglés ha sabido ostentar con verdadero realce artístico en el palacio de Hyde-Park. Las palabras de lord Stanley, pronunciadas en el gran banquete de Mansion House, han recibido plena confirmación, y el éxito más brillante ha coronado las fundadas esperanzas de los mecánicos ingleses.

La Francia, la Bélgica, la Holanda, el Austria, la Prusia, el Zollverein y los Estados de la Union americana remitieron máquinas, en mayor ó menor cantidad, pero ninguna de estas naciones puede compararse justamente las suyas con las de igual clase de la Gran Bretaña. Conviene no obstante tener en cuenta las dificultades y gastos de transporte que presentan tan enormes modelos, cuando se trata de conducirlos á largas distancias, y tampoco debe perderse de vista la facilidad que ofrece á los fabricantes y constructores ingleses el sistema incomparable de caminos de hierro, de canales y de cabotaje, establecido en su país. Por eso al hacer mención de las máquinas extranjeras, poniéndolas en parangón con las de la Gran Bretaña, mas hemos atendido á la clase de su trabajo y al mérito de su invención, que al número de las que se han espuesto.

Respecto al primer punto, las creemos muy inferiores á las inglesas: en cuanto al segundo, nada podemos añadir, porque somos bastante imparciales para declarar que los medios de conduccion y los enormes gastos han debido retraer á muchos constructores en el envío de sus modelos al Palacio de la Exposicion universal.

CARTAS A UN ANGEL.

V.

UNA VIRGEN DE MURILLO.

Toda larga meditacion deja en pos de sí un largo rastro de tristeza, y en prueba de esta gran verdad, yo he meditado y estoy triste. Es indudable que he meditado, pero no recuerdo el motivo de mi larga meditacion, de ese monólogo del alma que se va perdiendo lentamente sin que lo repita ningun eco. Aunque generalmente se dice que tal ó cual libro es el producto de profundas meditaciones, las profundas meditaciones, esas abstracciones completas, solo dejan, como los éxtasis, una memoria muy confusa, con grandes lagunas que llenar y que quedan siempre vacías. Yo quiero llenar las lagunas que acaba de formar en mi alma la meditacion que no recuerdo; yo quiero llenarlas con algo noble, grande, verdaderamente magnífico. Yo necesito alguna cosa que conmueva muy fuertemente mi ser de poeta, porque yo soy poeta... No sé si tú me lo has dicho, ángel mio, en alguna de tus cartas, ó si me lo digo yo á mí mismo; pero lo cierto es que soy poeta, y que quien lo dude se engaña. Cuando digo que soy poeta no pretendo hacer creer que soy un versificador armónico, un rimador hábil, un inventor fácil: nada menos. No presumo que están en mis manos las galas, la parte exterior de la poesía: solo poseo su alma, su parte interior, el sentimiento. Emociones grandes y bellas necesito para vivir, para romper el frío sudario que en este momento me envuelve; voy á un mundo en donde sabré hallarlas; no dudes, ángel, ven conmigo.

No voy á dirigir mis pasos hácia la Plaza de Oriente, voy á bajar al Salon del Prado: no quiero pisar los salones de una biblioteca, quiero pisar los de un museo: no busco libros, busco cuadros: no quiero hablar con Homero, Virgilio y Dante; quiero hablar con Rafael, Rubens y Murillo. No busco la poesía lenta, cadenciosa, formulada que se lee; busco esa poesía que se adivina. Quiero pararme ante una de esas figuras que tienen vida, calor y movimiento, ante una de esas figuras que respiran, miran y piensan. Pretendo clavar mi mirada en sus ojos llenos de luz, y no apartarla hasta que esplice el pliegue que cruza su frente ó el fruncimiento de sus labios. Quiero trasladarme con ella al siglo en que floreció, y pedirle cuenta de todo cuanto hizo durante su vida, de todo cuanto dejó de hacer. Quiero vivir entre esos muertos que el genio anima y eterniza; quiero adivinar las relaciones que debieron establecerse entre el modelo y el pintor. Quizás esos grandes maestros cuyas obras voy á contemplar me pedirán para sus paletas aire y luz, esa luz y ese aire que me pide Villamil siempre que hablo con él de la pintura; pero, aunque sienta no poder darles lo que me pedirán con harta razon, no permanecen un instante mas en mi aislamiento, en mi soledad, envuelto en el crespon de mi tristeza. Voy á romper el denso vapor que me embarga, y ya que puedo entrar cuando me place en el verdadero tesoro real de los monarcas de Castilla, aprovecharé este privilegio, único que disfruto en el mundo.

Sobre mi cabeza está la bóveda que resguarda de las inclemencias del tiempo obras que no deben perecer jamás; bajo mis pies están otras obras que no perecerán quizás, porque son de pórfido, mármol, alabastro y bronce; yo estoy inmóvil ante un lienzo. En este lienzo solo se ve una figura, que lo llena; pero esta figura llenó un mundo y conquistó otro en su carrera. Viste una armadura de acero incrustada de oro, cubre su cabeza un casco de los mismos metales. Una banda carmesí cruza el pecho del noble guerrero, y plumas del mismo color decoran el brillante casco. Con robusta lanza en la diestra, cabalga sobre un poderoso corcel, que camina á galope corto; y una gualdrapa carmesí, y un penacho del mismo color, un frontal de acero con oro son los paramentos del bravo. El fondo del cuadro es un paisaje que medio dora el sol poniente. ¿Hacia dónde marchan el caballo y el caballero? ¿Caminan por las márgenes del Danubio, hácia las llanuras de Hungría, para rechazar y vencer al terror de la cristianidad, al capitán de gran renombre, al emperador de los turcos Soliman el Magnífico? ¿Están al pié de los muros de Tunes, regalando un imperio como una sortija ó una banda? ¿Hacen su entrada triunfal en Nápoles al fulgor de los torrentes del Vesubio? ¿Quién sabe! El lienzo es una de las obras maestras del Ticiano; el personaje, el emperador Carlos V.

Desde el retrato he pasado al cuadro, del Ticiano á Rafael de Urbino, á ese pintor poeta que ha divinizado la posteridad, como él divinizó á la Fornarina, su amada. Estoy ante una de sus grandes obras, ante esa obra que ha recibido de las generaciones admiradas el sobrenombre de *El pasmo de Sicilia*, porque pasma verdaderamente aquella admirable combinacion

de hombres, mugeres y caballos; aquel grupo en el cual una figura menos dejaría un vacío y una sola figura más produciría la confusion. No necesito recurrir ni al Evangelio ni á Josefo para explicarme los pormenores ni el conjunto de esta gran escena de la redencion: me la explican perfectamente los rostros y las actitudes de las figuras. El Nazareno que está caído bajo el madero de la cruz no puede ser otro que Cristo, porque la majestad, la caridad y la resignacion que se adunan en su semblante lo declaran el Hijo de Dios. Aquella muger que lo contempla, no puede ser otra que la esposa del Santo José, porque está unido el dolor de la madre á la resignacion de la escogida, que acata, cumple y reverencia los decretos del Eterno Padre. Leo perfectamente la compasion de aquellas mugeres piadosas, la crueldad de aquellos sayones, la impasibilidad estática ó la bulliciosa de aquel pueblo sediento de sangre que corre desde los muros de Jerusalem hasta la cumbre del Calvario.

Tambien corro desde *El pasmo de Sicilia* hasta *La Perla*. Felipe IV le dió este sobrenombre al verla por primera vez, y en ello se mostró tan artista como pintando la cruz de Santiago sobre el pecho de D. Diego Velazquez. ¡La Virgen de *La Perla* parece imposible que esa Virgen, como las de las demás Sacras Familias de Rafael, á quienes hace la tradicion copia de un rostro de muger, sea tan verdaderamente divina. Es imposible que la Fornarina fuera el modelo del pintor. No dudo que Rafael Sancio pretendiera trasladar al lienzo el bello rostro de su querida; pero, en el momento de efectuarlo, *El divino Rafael* subía á los cielos, cruzaba audaz aquellas regiones que dan santas melodias al poeta, armonías sagradas al músico y divinos modelos al pintor, y bajaba de los cielos las Virgenes que debían adorar las edades, tributándolas un doble culto, porque reunen á su divinidad la que las presta el inmenso genio del pintor. No sé, Rafael, si en algun momento habrás tenido envidia de Homero, Virgilio y Dante; no sé si te habrán causado desesperacion ó desaliento algunas de sus descripciones, porque se negaba tu pincel á trazarlas con su salvaje valentia; pero sí sé que te envidio siempre, y que no ceso de pedir á tu pincel y á tu paleta los colores que en vano busco en mi tintero y en mi pluma. Déjame pintar una sola de tus Virgenes, una sola de las Virgenes que yo imagino, y pasaré el resto de mi vida en la estática contemplacion de mi obra.

Pedro Pablo Rubens, naciste casi el mismo dia en que el pueblo de Amberes, tu patria, empezó á derribar los muros de su ciudadela, levantada por el invicto duque de Alva, y arrastró hecha pedazos la estatua del ilustre caudillo hasta dejarla en una fundicion de cañones, para que volviera á tener el bronce la forma que perdió al tomar la del gran guerrero. Si hubieras nacido veinte años antes hubieras podido presenciar, y pintar después, aquella bacanal, no interrumpida durante tres dias y tres noches, en la cual se entregó la ciudad á desórdenes tan vergonzosos que alarmaron el pudor de los historiadores contemporáneos, haciéndolo perder á las doncellas de la época. Pero ya que no puedo fijar mis miradas en un lienzo que colora mi imaginacion y que no tocó tu pincel, las fijaré en *Rodolfo, conde de Habsburg*, en ese nobilísimo tronco que debía producir el robusto árbol de la casa de Austria. Veo un sacerdote que predice el engrandecimiento de la casa, pero leo en el rostro del conde Rodolfo que ha de ser el progenitor de emperadores muy ilustres. Me detengo lleno de respeto ante tu *Prendimiento*, Van-Dik; contemplo tu celebrísima *Galeria*, David Teniers; me reanimo ante tu *casa de Meleagro*, Nicolás Pousin, y se refresca mi imaginacion con tus frescos y risueños paisajes, inspirado Claudio de Lorena. La naturaleza sonríe al rosicler de la mañana y á los rayos del sol poniente; dejas á los demás pintores la religion, la historia y la mitología, pero has sabido reservarte la naturaleza, y ella te recibe como á un hijo que vuelve al seno maternal.

La risa de ese borracho medio desnudo, coronado de pámpanos, asentado sobre un tonel, y coronando de yedra á un compañero de bacanal, me da tristeza: la gravedad de ese otro embriagado, que se prepara á recibir igual honor con tanto recogimiento como si estuviera velando sus armas de caballero, me causa tristeza tambien. Explicame, D. Diego Velazquez, estos misterios de la pintura. No te niegues, no: cabalmente estoy viendo sobre el cuadro de *los borrachos* el de *las meninas*, un cuadro famoso que llaman *la teología de la pintura*, y sino me explicas los misterios que te he preguntado voy á burlarme de Mari-Barbola y Nicolasio Pertusato, esos asquerosos enanos que has colocado junto á la infanta Margarita y sus graciosas compañeras. Mas ya oigo una respuesta que me humilla. «El genio, dices, crea sus misterios, pero no los explica; al genio toca adivinarlos.» La respuesta es digna de tí, digna del autor de *la Redencion de Breda*, de ese cuadro en que todo aparece noble, lo mismo la gloria del conquistador que la desgracia del conquistado; lo mismo la benévola arrogancia del vencedor que la firme humildad del vencido. Estos tambien son misterios del genio, Velazquez, que el genio debe adivinar; tu has sembrado en todas tus obras muchos de estos misterios, y en esas páginas salidas de tu rica paleta se puede aprender mucho mas que en centenares de volúmenes. Si la España no hubiera tenido mas que un solo pintor, con tal que este se hubiera llamado D. Diego Velazquez, la España hubiera podido reclamar con justicia un lugar entre las naciones que han contribuido á la perfeccion de la pintura; porque los hombres como Velazquez no dejan las artes como las encuentran: las engrandecen y las impulsan.

¿Cuántas veces he pasado horas y mas horas ante las Virgenes de Murillo, grandes creaciones de este genio digno rival de Rafael! *Las Sacras Familias* del segundo y *las Concepciones* del primero son las mas preciados diamantes de sus coronas de pintores; y como unas y otras son tan bellas, pueden ponerse en parangón sin que desmerezcan ningunas. Felices mortales los dos, han sabido reunir la belleza ideal y la mística, bellezas de estilo que presenta cada página de la Biblia, bellezas que han tomado forma visible sobre los lienzos que han tocado estos dos genios inmortales. Ya he hablado de tí, Rafael; ya he contemplado hoy, como siempre, todos los lienzos que ha divinizado tu pincel; déjame ahora ocuparme un poco del mas rico florón de nuestra escuela sevillana. Ya he contemplado un largo rato *La Anunciaci6n de Nuestra Señora*; ya he derramado algunas lágrimas ante la

Sacra Familia del Jilguero; ya he estado absorto largo rato ante *la Purísima Concepcion*, y he visto sus grupos de ángeles, tan hermosos como el pensamiento de un niño; ya he sonreído al *Divino Pastor* y á *San Juan Bautista*; ya he examinado cuarenta y cinco cuadros, de los cuarenta y seis tuyos que encierra el Museo Real, Bartolomé Murillo: ahora estoy clavado ante el último, cuadro que he visto yo otras muchas veces sin que me cause tan viva impresion; pero yo he debido estar ciego, porque sino hubiera estado ciego hubiera sentido lo que ahora siento, lo que quiero y no puedo explicar.

¡Murillo, Murillo! ¿con qué lápiz has dibujado, con qué colores has pintado la figura que me detiene y me arrebató? ¿Tiene esta Virgen, porque es una Virgen, una *Concepcion* sin duda alguna, algo mas ó menos de humano que todas tus demás Concepciones? ¿Se rasgaron los cielos para tí, como para el patriarca Jacob, y subiste la mística escala, con tu paleta y tus pinceles, para copiar el bello rostro de la madre Virgen; ¿realizaste los ensueños de Rafael de Urbino, y has dado á una cabeza de muger la suave dignidad, la altiva modestia, el candor severo y la majestad apacible que conviene á la divinidad? Quiero fijarme en cualquiera de estos dos extremos, y no lo consigo; quiero amar á la muger divinizada y adoro á la Virgen traída del cielo; quiero adorar á la Virgen traída y amo á la muger divinizada; mi frente se inclina como debe hacerlo ante la madre de Jesus, y mi corazón late como junto á una muger amada: esta fluctuacion es el delirio. Pido á la pintura una mirada, y espero fijo é impaciente que levante sus ojos hácia mí; la pido una dulce sonrisa, y estoy espionando el movimiento de sus labios; ansio que me dirija la palabra y aplico el oido con afán. ¿Qué has hecho, Murillo, qué has hecho? Secretos del genio seran estos, como me respondió Velazquez; pero es necesario convenir en que tiene el genio secretos verdaderamente espantosos, secretos que trastornan, secretos que tarde ó temprano asesinan.

Pero acabo de oír una voz, que sería la voz de la pintura si la pintura pudiera hablar. ¿Quién ha proferido esas palabras?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! la Virgen se ha desprendido de su lienzo y se ha colocado allí, allí: pero no; la Virgen permanece en su lienzo, y es una muger con el bello rostro de la Virgen. Ahora lo comprendo todo. Murillo tomó á esa muger por modelo, y la Virgen es su retrato. Esto no puede ser: Murillo floreció doscientos años hace, y no pudo tomar por modelo á una muger que no habia nacido. La Virgen no es el retrato de la muger; la muger es el retrato de la Virgen. Esto tampoco puede ser, y de nuevo empiezo á confundirme! Cabeza fria, no te enardezcas! ¡Corazon ardiente, enfriate! ¡Razon severa, manda, manda! ¡Pasion indómita, obedece! Estas ilusiones pasarán como otras muchas han pasado. Yo me presentaré mañana ante este cuadro y lo veré, como otras veces, con respeto, con entusiasmo artístico, y nada mas; yo no volveré á ver esa muger ó la veré como á otras muchas con indiferencia y aun disgusto. Vine en busca de estos muertos ilustres para hablar con ellos, para que me animaran un poco, y es necesario confesar que me han trastornado la cabeza con los misterios de su genio. Descansad en paz, gloriosas sombras; y tú, ángel mio, toca mi frente con tu mano, porque en este momento arde como las entrañas del Etna.

UN HOMBRE.

CIENCIAS.

Hace algunos dias que la ciudad de Bruselas se hallaba conmovida por un acontecimiento que trastornaba todas las cabezas. Un hombre se habia aparecido, un pobre diablo, mozo de labranza, que se dice no sabe leer ni escribir, hábil solamente en preparar el lino, honrado en el fondo, sencillo y de buen carácter. Este hombre hacia maravillas, hacia lo que los médicos encanecidos sobre los libros é instruidos por la práctica no consiguen hacer siempre: curaba; pero curaba sin medicamentos, sin drogas, sin recetas farmacéuticas y por el procedimiento mas simple; ponía las manos sobre el dolor, y el dolor desaparecía; tocaba el ojo que habia perdido la vista, y la recobraba; los paralíticos marchaban, los sordos oían, era una retahíla de milagros inauditos; y con ayuda del entusiasmo popular, ha faltado poco para que se dijese que el paisano de Waes habia resucitado un muerto. Así va el mundo; cuando hay cosas maravillosas como esta, la imaginacion publica crea montañas. Era curioso ver á Driesken Nypers (así se llama nuestro hombre) perseguido en todas las calles por gentes á pié, por coches magníficos, sitiado en todas las casas donde entraba, y los grupos estacionados contando historias de sus curas, y los agentes de policia pasearse alrededor de los grupos para mantener el orden; y los cafés y fondas llenarse de gente cerca de donde el *curandero* habia hecho una cura prodigiosa, ó contada como tal. Esto duró tres dias; luego desapareció el curandero y el entusiasmo se calmó. El hombre maravilloso habia ido á otra parte á continuar sus curas. Se habla menos de él, pero se habla todavía; hablemos nosotros tambien un poco.

Cada vez que nos encontramos frente á frente de un hecho que sale de los casos ordinarios, que se halla en contradiccion con las nociones que hemos adquirido por el examen atento de los fenómenos naturales, la duda es permitida por lo ménos; pero si es necesario no creer fácilmente, es preciso no negar tampoco fácilmente; pues ¿qué sabemos nosotros de los fenómenos de la naturaleza? ¿Nos ha revelado por ventura todos sus secretos?

Muchas personas vienen y dicen: yo estaba enfermo y me ha curado; yo sufría y me ha calmado mis dolores. Esas gentes no tienen interés en engañarnos, pues ¿por qué creer que nos engañan? La ciencia no lo sabe todo, con que así ¿con qué derecho haría la desdénosa? Por otra parte, la facultad de que está dotado Driesken Nypers no es nueva, si hemos de dar crédito á ciertos libros viejos.

En efecto, uno de los pensadores mas vigorosos y atrevidos del siglo XV, Pedro Pomponace, no tiene la menor dificultad en admitir en uno de sus libros, que hay hombres dotados por la naturaleza de la facultad de curar alguna enfermedad por una emanacion que la fuerza de su imaginacion dirige sobre el enfermo. Cuando ellos emplean esa fuerza, dice, afecta su sangre y sus espiritus animales, que por una evaporacion impulsada fuera, producen tales efectos. Para obtener

esos efectos, es preciso tener una gran fé, *magnam fiden*, una imaginacion fuerte y una voluntad firme, *vehementem imaginacionem et facium desiderium* y estas disposiciones no se encuentran en todos los hombres.

Pomponace no cita á nadie en particular; pero parece resumir en estas palabras algunos hechos de los cuales ha sido testigo; y Pomponace no era un hombre crédulo, pues ha compuesto el libro de que hablamos para demostrar que los prodigios atribuidos en su tiempo, sea á la mágica, sea á la intervencion de los demonios, son supercherías ó efectos producidos por una causa natural que no se ha sabido descubrir.

Pero esto no es mas que una teoría, y no vemos en ello ningun hecho preciso, determinado y concluyente. Es preciso llegar al siglo XVII para encontrar un hombre que presente fenómenos análogos á los que se nos dice que produce Driesken Nypers.

Este hombre, llamado Valentin Greatrakes, era un *gentleman* irlandés, nacido en Waterford el 14 de febrero de 1628. A la edad de trece años, la formidable insurreccion de 1641 le obligó á refugiarse con su madre en Inglaterra, y luego volvió á Irlanda, mientras que Cromwell la pacificaba á su manera. Pasó un año en el palacio de Coperquin, entregado á la contemplacion y sujeto á unos accesos irregulares de éstasis. Es probable que los desastres sangrientos de que su país fué teatro influyeron poderosamente en su imaginacion. Entró á servir en el regimiento de lord Orrery, y sirvió contra los rebeldes; fué licenciado con su regimiento en 1656, y obtuvo el destino de juez de paz, que perdió con la restauracion. La inaccion á que se vio obligado le volvió á la contemplacion y á los éstasis. Un dia oyó una voz que le decia que él habia recibido el don de curar los lamparones; perseguido por esta idea, que combatia su razon, la tuvo secreta durante muchos meses; pero al cabo se la comunicó á su muger, que no vió en estos fenómenos mas que una lesion de la imaginacion. Greatrakes pensó al principio como su muger, pero sin embargo, la voz no le dejaba tranquilo, y fué misteriosamente á ver á un escrofuloso, que tocó y se curó inmediatamente. Esta cura metió mucho ruido; acudieron otros escrofulosos, y con todos obtuvo el mismo resultado. Habiéndose declarado una fiebre epidémica en un condado vecino, fué advertido por la voz misma, marchó en seguida á tocar á los enfermos, y curó un gran número de ellos. Su reputacion se extendió muy pronto, y los enfermos acudieron á bandadas á Alfane. Pero habiendo sido informado de estos hechos el obispo de Lismore, citó á Greatrakes ante su tribunal eclesiástico por haber practicado la medicina sin permiso, y le fué prohibido por una sentencia el tratar á los enfermos por la imposicion de las manos.

Su antiguo coronel, lord Orrery, no hizo caso de la sentencia del obispo. Su cuñada, la condesa de Conway, padecía después de muchos años unos dolores de cabeza inveterados, y confiada al cuidado de Greatrakes la curó á pesar de la sentencia.

Greatrakes dejó la Irlanda en 1666, y el rey Carlos II quiso verle en Whitehall. Hizo curas en Londres y se alojó cerca de un hospital, donde iba todos los dias á tocar los enfermos. Tuvo muchos partidarios, pero los pensadores francos de la corte ligera y brillante de Carlos II no podian acomodarse á la simplicidad de los modales y al espíritu piadoso de Greatrakes, y algunos cortesanos le persiguieron con sus burlas. Un médico, el doctor Lloyd, escribió contra él un folleto titulado: *Wonders no miracles* (los prestigios no son milagros). Se hicieron coplas y canciones contra el *curandero*, y se le dijo netamente que era un charlatan.

Otros médicos tomaron su defensa. El doctor Stubbe publicó una respuesta al folleto de Lloyd; el doctor Faireclow señaló infinitas curas de que él habia sido testigo; y Astelins, que habia seguido á Greatrakes en sus visitas al hospital, citó hechos concluyentes bajo la garantia de su buena fé y de su ciencia. El método de Greatrakes, segun Astelins, consistia en aplicar las manos á la parte dolorida y dar friegas ligeras de arriba abajo. Cuando un dolor se habia fijado en un miembro, le hacia bajar poco á poco y le echaba fuera por los extremos. Cuando por la aplicacion de su mano habia escitado la accion de la naturaleza, se producian escresiones de diversos géneros, como sudores, evacuaciones albinas, vómitos, etc. Los dolores se hacian muchas veces mas vivos cuando él comenzaba á operar, y á fuerza de fricciones reiteradas iban cediendo y salian por los extremos. Las enfermedades que Greatrakes ha tratado son muy numerosas: la parálisis, la ceguera, la sordera, la hidropesia, la pleuresia, fiebres de todas clases, dolores de ceática, tumores, cánceres, lamparones, etc., y todas han sido curadas por el simple tacto, si se le da crédito á sus apologistas. Algunos enfermos recayeron en el mismo estado después de una cura aparente; otros no pudieron ser curados á pesar de todos sus cuidados, pero el mayor número obtuvo una cura completa.

Los médicos cuyos nombres hemos citado y muchos eclesiásticos, han hecho el elogio de las costumbres de Greatrakes, y dicen: era bueno, honesto, religioso, no recibia dinero ni otras recompensas de nadie, y se dedicaba á cuidar los enfermos por pura caridad.

Pasó un año en Londres, y fastidiado de ocupar la atencion pública con su persona, volvió á Irlanda en 1667, y murió olvidado en 1680.

El siglo siguiente vió nacer un hombre que metió mucho mas ruido que Greatrakes y ocupó la atencion pública en Europa durante muchos años.

Este hombre, llamado Juan José Gassner, habia nacido en Bratz, frontera del Tyrol y de la Suabia; estudió en Inspruck, y obtuvo en 1738 el curato de Klosterle, en la diócesis de Coire. Hacia quince años que desempeñaba estas funciones, cuando se esparció el rumor de que curaba las enfermedades por la simple imposicion de las manos; y aun se dice que habia curado á la condesa de Wolfegg por correspondencia. Algunos enfermos fuéron á Klosterle y volvieron curados, de suerte que muy pronto se los vió llegar por bandadas de quinientos á seiscientos á la vez. Pueblos enteros se despoblaban, y el buen cura no sabia á quién atender, pero sin querer recibir nunca ninguna retribucion. De todas partes recibia cartas por las cuales los enfermos lejanos que no podian ir cerca de él reclamaban sus cuidados. Obtuvo por fin el permiso de su obispo para ausentarse, y fué sucesivamente á Wolfegg,

Weingarten, Ravenspur, Detlang, Kirchberg, Morspur y Constanza, donde hizo curas numerosas.

Este buen cura contaba que, atormentado después de mucho tiempo por un dolor de cabeza insoportable que los médicos de Inspruck y Praga no habian podido curar, habia buscado en las obras contrarias á los exorcismos medios de curar que el arte no habia encontrado. Segun él, las enfermedades podian ser clasificadas en tres especies: enfermedades naturales, para las cuales la medicina tiene remedios; enfermedades diabólicas, contra las cuales no habia mas remedio que un exorcismo hecho con fé; y enfermedades por *circunconcesion*, en las que está complicada la invasion diabólica y la afeccion natural, contra las cuales el exorcismo se hace impotente en parte.

Estas esplicaciones no persuadieron mucho al cardenal obispo de Constanza, que le mandó volver á su curato en 1774; pero las curas auténticas que le fuéron presentadas y las reclamaciones de los enfermos, decidieron al cardenal á darle el permiso de volver á Constanza, y continuar sus exorcismos, lo que él hizo con ostentacion en Elwg, Sulzbach y Ratisbona durante todo el año de 1775.

En Sulzbach hubo una afluencia considerable de enfermos de Alemania, de Suiza y de Francia; la cura del baillío de la provincia de Borgoña, que padecía de la gota, metió mucho ruido.

Los exorcismos se practicaban en una gran sala en presencia de muchos testigos. Un notario ó cualquier otro funcionario público llevaba un registro de las preguntas y respuestas y de las menores circunstancias; y estos registros eran firmados todos los dias por los asistentes, fueran quienes fueran, y ninguna de estas actas, á las cuales concurrían médicos y sabios de todas clases atraídos por la curiosidad, ninguna contiene una sola protesta. Es preciso advertir que Gassner era completamente desinteresado, que llevaba una vida muy simple y muy austera, y que rehusaba las remuneraciones que le ofrecia un justo agradecimiento.

Para convencer á los espectadores con hechos, Gassner hacia sufrir al pulso de los enfermos variaciones súbitas y estremas. Federico I, duque de Wurtemberg, abuelo del rey de Wurtemberg, quiso hacer la esperiencia. Escogió enfermos, nombró los médicos que debian tomarles el pulso, y designó los testigos. A petición sucesiva de los médicos y á la palabra del exorcista, el pulso pasaba por todas las variaciones. El acta de esta sesion tan curiosa fué firmada por el príncipe y sellada con su sello, firmándola además todos los asistentes. Así se conserva aun en los archivos de Wurtemberg.

No todos quedaron convencidos por estos hechos. El padre Sverzinger, teatin, que presenció los exorcismos, declaró que no habia visto nada de maravilloso, ni, sobre todo, de diabólico; pretendió que las curas obtenidas eran esplicables por algun principio físico desconocido aun, pero que sin duda se descubriria.

El célebre De-Haen, médico de María Teresa y profesor de medicina práctica en Viena, fué encargado de examinar los hechos relativos á Gassner; pero desgraciadamente no fué testigo de ninguna operacion, y tuvo que referirse á las narraciones que se le hicieron. De-Haen, que no creia mucho en la mágica, habia establecido en Viena un hospital de poseidos, donde se habia convencido de que estos desgraciados no eran mas que maniáticos ó melancólicos. Su libro *Magie examen* (1774), tenia por objeto esta demostracion, y sin embargo en su obra de *Miraculis*, que publicó en 1776, parece inclinado á creer que es necesario considerar como de naturaleza diabólica ciertas enfermedades curadas por Gassner por medio del exorcismo. Aquello de que De-Haen no comprendia la causa, lo llamaba diabólico, y era una manera de eludir las dificultades.

Sin embargo, la autoridad eclesiástica se conmovió por el ruido que hacian las operaciones de Gassner y de la guerra de plumas que habia suscitado. El obispo de Constanza y los arzobispos de Praga y Saltzbourg prohibieron á Gassner que continuase sus trabajos, y José II, por su rescripto de 1777, le obligó á salir de Ratisbona, donde el entusiasmo por él se aumentaba cada dia.

Gassner se retiró á Boudorff, donde murió el 4 de abril de 1779. Después de su salida de Ratisbona habian cesado completamente sus operaciones curativas, y no se pensó ya en él.

Hé aquí unos hechos auténticos y mas que suficientemente garantizados. ¿No se puede sacar de ellos alguna conclusion en favor de *Driesken-Nypers*?

Este hombre sencillo, completamente lego, no ha oido sin duda en su vida hablar de Greatrakes ni de Gassner; ignora las maravillas que se han atribuido al uno y al otro, y sin embargo parece que produce los mismos efectos y por los mismos medios. Cura como ellos por la imposicion de las manos, por el simple tacto, por una virtud simpática; en cierto modo, tan inexplicable en él como en los otros. El doctor Van-Housebrouk, de Exearde, parece que ha recogido algunos hechos que confirman lo que anuncia la voz popular. Nosotros mismos tenemos de una persona digna de crédito el hecho de haber aliviado en pocos minutos los dolores de un hombre que padece un terrible reumatismo. Estas son cuestiones que seria fácil resolver, y que merecian ser resueltas.

Hace mas de setenta años que el magnetismo es el objeto de vivas discusiones; los unos tienen en él una fé ciega, los otros no quieren reconocer en él mas que el charlatanismo; pero esos debates interminables no han resuelto nada. Si, en efecto, Driesken-Nypers está dotado de la facultad que se le atribuye, la prueba cierta de esa facultad, ¿no seria un gran paso en la cuestion tan controvertida del magnetismo? Una vez que fuese establecido que por el simple tacto, por esa fuerza que Pomponace describia con tanto atrevimiento, Driesken-Nypers cura realmente los enfermos y alivia los dolores instantáneamente, ¿por qué rehusaria uno creer que la facultad de que está naturalmente dotado no podria ser obtenida artificialmente bajo ciertas condiciones?

—Con razon ó sin ella, el rayo pasa por capaz de todo en punto á fechorias y estravagancias; él solo se asume la responsabilidad de un número inmenso de esos hechos diversos, referidos en las columnas altas de los diarios y que tanto agradan al lector no científico. Sin embargo, bajo la capa de la Academia, y de consiguiente al abrigo del delito de noticias

falsas, vamos á reproducir una historia referida con mucha gracia, en la que se verá que dejar descubierto á un transeunte, registrarle los bolsillos, soplarle el reloj y quitarle el dinero dejándole la vida, es para el fuego del cielo negocio un instante, de un millonésimo de segundo.

«El lunes 17 de mayo á las once de la noche, dice M. H., me dirigia á mi casa por la calle de Saint-Guillaume, la calle de la Chaise y la de Varennes, cuando un trueno fuertísimo me hizo apresurar el paso creyendo inminente una lluvia torrencial. Apenas habia andado cincuenta pasos, cuando retumbó un segundo trueno al mismo tiempo que brillaba el relámpago. Principiaron á caer gruesas gotas, y como me hallaba á dos ó trescientos pasos de mi casa, eché á correr. De súbito me vi envuelto en una luz tan fuerte que sentí un vivo dolor en los ojos. Resonó instantáneamente un trueno espantoso, y mi sombrero fué volando á diez pasos de mí, á pesar de que no soplabla el menor viento. La sensacion que habia experimentado en los ojos fué tan violenta, y tan cruel mi temor de haber quedado cie o, que toda mi atencion se fijó en esto, de suerte que no puedo decir si espermenté otra cosa que la sacudida eléctrica propiamente dicha, la cual no fué muy violenta.

«El último trueno fué seguido de un torrente de lluvia. El agua que cayó sobre mi cabeza disipó bien pronto mi aturdimiento y mi deslumbramiento, que apenas habian durado siete ú ocho minutos, y fué tan grande mi alegría de ver que veia bien, que recorrí tan ligero como alegre la pequeña distancia que me separaba de mi casa.

«En el momento de acostarme, quise sacar mi reloj, y solo entonces advertí las huellas del paso de la descarga eléctrica á través del bolsillo izquierdo de mi chaleco, pues tenia en el fondo un agujero por el que cabian dos dedos, y sus bordes parecian quemados. El chaleco era de cachemira, el forro del bolsillo de percalina y el segundo forro interior de paño.

«Como yo corria para llegar á casa antes que descargase la nube, la cadena de mi muestra formaba por delante un círculo saltando sobre mi chaleco, y probablemente el rayo la tomó por el medio, que era el punto mas bajo de su curvatura, puesto que la parte superior, fijada en un ojal de mi chaleco, no sufrió el menor deterioro, mientras que el gancho que retenia la muestra habia desaparecido con los dos primeros eslabones de la parte inferior. Este gancho era de plata (como toda la cadena), pero tenia interiormente una rodajita de acero para la solidez del tornillo. La cadena era maciza y de forma de barbada. Por lo demás hé aquí los efectos que pude comprobar:

«Un anillo de oro, que reunia varios miriñaques, habia sido hecho cinco pedazos. La llave de la muestra, que era de acero, recubierto en el cañon de una hoja de oro, habia desaparecido completamente, menos la hoja de oro, que estaba intacta. Una brujulita de plata habia tenido sus polos invertidos: en cuanto á la muestra, esta no presentaba ninguna señal exterior de deterioro, ni aun en el anillo de que habia sido arrancado el gancho de la cadena. Pero aunque no eran mas que las once y media, las agujas señalaban las cinco menos cuarto, y se habia parado. Persuadido de que se habia roto el muelle ó alguna otra pieza, puse la muestra sobre la mesa con intencion de enviarla al relojero el dia siguiente; pero por la mañana, habiéndome ocurrido el darle cuerda para ver hasta qué punto estaba deteriorada, vi las agujas ponerse en movimiento con una marcha muy regular, que no ha variado desde entonces, como si el rayo, al mismo tiempo que dislocaba las agujas, hubiese desbandado el muelle y conducido brusca y completamente al extremo de su carrera.

«Al lado de mi muestra tenian tambien, en el momento de la nube, un medalloncito de hierro de Berlin, con el aro de oro, y una llavecita de oro. Ambos objetos desaparecieron completamente, arrebatados sin duda con el gancho de la cadena por el agujero hecho en el bolsillo del chaleco. La cadena, que habia servido de conductor, no conservaba ninguna huella exterior del paso de la descarga. Yo sentí solamente á la mañana siguiente unas fuertes agujetas, como las que resultan de un ejercicio violento y á que uno no está acostumbrado; pero ninguna señal se advertia en mi ropa ni en mi piel.

«Debo notar aquí una particularidad de mi vestido que puede no haber sido indiferente á la produccion de esos efectos. He contraido en España la costumbre de traer sobre la camisa, y de consiguiente bajo el chaleco, una faja de seda encarnada que me da cuatro vueltas y tiene de ancho de 15 á 20 centímetros. Esta faja ¿no me habria preservado, determinando el paso de la descarga por la superficie de mi vestido mas bien que por lo interior de mi cuerpo?»

En apoyo de esta relacion leida ante la Academia por M. Biot, se presentaron los objetos tocados por el rayo, tales como la brujulita de plata y la capa de oro de la llave del reloj sin el cañon de acero. El tenor de la relacion y el carácter del sabio que la ha presentado, responden con bastante seriedad de la exactitud del hecho para que nos apresuremos á reproducirlo.

CANTOS POPULARES DE SUECIA.

Lucía.

Todos bailan en la isla de Turlan, y Lucía, la linda jóven, está en la fiesta.

El rey baila y Lucía canta. ¿Qué le cantarán á Lucía?
—Le cantarán esto: «Lucía no saldrá doncella de la isla de Turlan.»

—Olof, hermano mio, ayúdame, defiende mi honor.
Olof se viste una armadura y se bate como un hombre.
Se bate como un hombre; la sangre corre por su frente.
Deja caer su armadura.

—Querida hermana, defiendete tú.
Lucía coge una espada y mata treinta guerreros del rey.
Llega el rey á saberlo, y esclama: ¿Cuál de mis súbditos ha hecho tantas muertes?

—No es ninguno de tus súbditos quien las ha hecho, sino una muger.

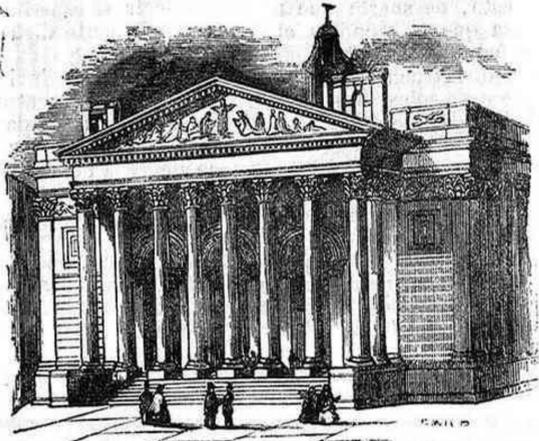
El rey estrecha á Lucía entre sus brazos; la da la corona y el nombre de reina.

El nombre de reina no es malo de llevar. ¡Dichosa la doncella que le adquiere honradamente!

UN PASEO POR LONDRES.

(Continuacion.)

Pasando la Bolsa, en Capel Court, se presenta á la vista la real casa de contratacion ó sea THE ROYAL EXCHANGE. Nada puede sobrepasar á la grandiosidad de este edificio. Antes del año 1556, Londres no tenia un lugar adecuado para la reunion de los comerciantes, y habiéndose quejado de este inconveniente el caballero D. Tomás Clough, el agente de Sir Tomás Gresham en Amberes (que era entonces el emporio de toda Europa), éste resolvió remediarlo á sus propias espensas. La ciudad de Londres sin embargo compró el terreno, y en 1556 Sir Tomás hizo dar principio á la obra que entonces se conocia por la BOURSE y estaba construida de ladrillo. Fué concluida



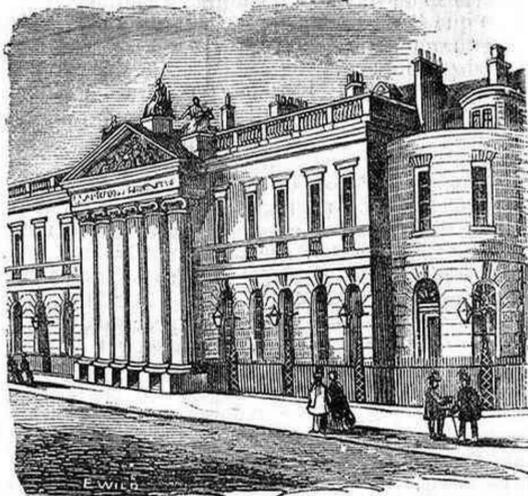
The Royal Exchange.

en el año siguiente, y en 1570 la inauguró la reina Isabel con régia magnificencia. Habiéndola destruido el incendio de 1666, se reedificó bajo la direccion de sir Cristóbal Wren, y su costo fué de 100,000 libras. En 1.º de enero de 1838 un nuevo incendio destruyó el edificio hasta sus cimientos, y la primera piedra del actual fué puesta por el príncipe Alberto en 17 de enero de 1842, abriéndose al público en 28 de octubre de 1844 por la reina y el príncipe Alberto. S. M., siguiendo el uso del reinado de Isabel, mandó que los heraldos publicasen á son de los clarines el ROYAL EXCHANGE. En el cuadrángulo hay una estatua de mármol de la reina Victoria, y frente de la fachada del Oeste hay otra estatua ecuestre de bronce, del duque de Wellington, vaciada por Chantrey, cuyo metal es de los cañones tomados al enemigo en varias batallas ganadas por este general.

En línea recta de la calle King-street, al extremo de la calle Queen-street, se halla el Puente SOUTHERARK BRIDGE, que consiste en tres arcos de hierro fundido que se apoyan sobre estribos de piedra y lindes. El arco del centro es el mayor que se conoce, pues que escede en tamaño al del puente de Sunderland de cuatro pies, y al famoso Rialto de Venecia, de 167 pies. Su costo pasó de 800,000 libras.

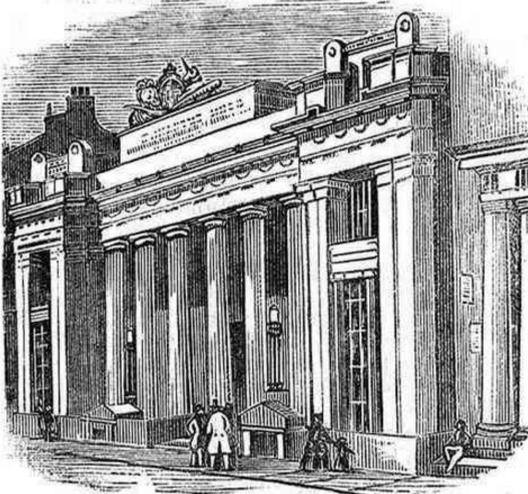
En la calle Learenhall existe el edificio llamado EAST INDIA HOUSE. El Museo contiene un sin número de curiosidades de

Guillermo Rufus también le añadió una torre fortificada en el lado Sur. Enrique I hizo edificar la torre llamada del Leon; y Eduardo III. Eduardo IV, Ricardo III y Enrique VIII hicieron considerables adiciones. Esta torre fué en su origen una residencia real; pero desde el reinado de Isabel ha sido ocupada principalmente como cárcel de Estado, conteniendo además un real arsenal y un lugar de seguridad para las joyas de la corona. Desde Taylor á Gate, los presos de Estado eran anteriormente conducidos por el río á Westminster, para ser juzgados. Los sitios mas interesantes son: la oficina de las joyas, donde se enseñan la corona y regalia de Inglaterra; el salon del Consejo, donde Gloucester mandó que lord Hastings fuese sentenciado para que inmediatamente le quitasen la vida; la Torre Sangrienta, donde tuvo lugar la triste escena del asesinato de los dos infantes príncipes por su tío Ricardo III; la Torre Redonda, en la cual Enrique VI fué



East India House.

asesinado; la Torre Bowyer, donde murió el duque de Clarence, ahogado en un tonel de malvasía, y la preciosa capilla Normanda de San Juan, donde los soberanos ingleses de época mas reciente hacen sus oraciones. En frente de la iglesia, en el ángulo Oeste de la Torre Green y cerca del lugar de ejecución, está la Torre Beaucham, cuyas paredes están llenas de memorables inscripciones de muchos desventurados nobles que se han hallado en varias épocas detenidos en aquel recinto. La habitacion superior fué prision de Ana Bolena. La coleccion de antiguas armaduras é instrumentos de destrucción de toda especie depositados en LA TORRE DE LONDRES, propiamente dicho, es lo mas magnifico entre todo cuanto se enseña, y que llama particularmente la atencion en esta fortaleza. Su principal entrada está al Oeste y es suficientemente ancha para el paso de un carruaje. Consiste en dos puertas: una en la parte exterior del foso, sobre el cual hay una puente de piedra, y otra en el interior. Se abren y se cierran con gran ceremonia, á la cual asisten un guardia del rey, un sargento y seis soldados para llevar las llaves, que se conservan durante el día en el salon del guardian, y durante la noche estan depositadas en la residencia del gobernador. La torre está separada del Támesis por una plataforma y por parte del foso. A cada extremo de la plataforma hay pasajes que conducen á la Colina de la Torre, así llamada, y cerca de

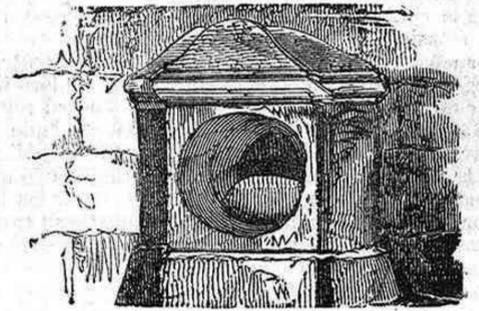


The Corn Exchange.

este puente, al Este, hay un espacio destinado para probar las armas de fuego. El foso, que es muy ancho y profundo, se estiende en direccion Norte de cada lado de la fortaleza, casi en línea paralela, y se une en forma semicircular; la pendiente está parapetada con ladrillos, y el gran murallon de la torre ha sido recompuesto tantas veces con el mismo material, que casi se podría dudar si alguna parte de él, excepto los torreones, ha sido alguna vez de piedra. De distancia en distancia hay piezas de artillería montadas alrededor de la línea, las cuales dominan todos los puntos que conducen á la Colina de la Torre. El interior de la muralla tiene una línea de casas que se apoya sobre ella, con manifiesto perjuicio del sitio, considerado como una fortaleza: sobre la Colina de la Torre hay la casa llamada *Thrynit house*, elegante edificio de piedra al lado Norte de la plaza denominada *Trinity Square*. Su corporacion, fundada en 1512, tiene á su cuidado las farolas, derecho de puerto, pilotaje, etc.

También se ve en el mismo sitio LA REAL CASA DE MONEDA dicha THE ROYAL MINT, donde toda la acuñacion del reino se ejecuta por medio de un mecanismo muy completo. Es un hermoso edificio de órden griego, con tres pisos; se prin-

cipió bajo la direccion del señor Johusen, y fué concluido por sir Roberto Smirke. El centro está adornado con columnas sobre las cuales hay una cornisa que sostiene las armas reales; en los extremos de la fachada hay pilastras, y el techo está rodeado de una elegante balaustrada. Las oficinas de acuñacion son un extenso establecimiento, donde el troquelado del oro, plata y cobre se efectua bajo la autoridad real. El oro y la plata en barras que se necesitan para este objeto, comunmente se reciben del banco de Inglaterra; pero cualquier particular puede enviar á este establecimiento oro en barras y recibirlo convertido en moneda. Sin embargo, los mas que del extranjero reciben oro ó plata hallan mas ventaja dirigiéndose al Banco para la conversion, pues evitan toda molestia, y aun algunos pequeños gastos que de otro modo tendrian que satisfacer. El interior está alumbrado con gas, y se han introducido todos los medios, bajo el principio de la maquinaria, que



London Stone.

pueden conducir á la mayor perfeccion y facilidad la acuñacion. La entrada en este establecimiento está prohibida, excepto con un permiso especial, ó teniéndose que evacuar alguna diligencia inmediata con los empleados. Las horas de despacho son desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y se admite con órden del jefe ó sub-jefe de la casa-moneda. En la inmediacion se halla la entrada á los diques llamados *Saint Catherine*, que fueron planteados por Telford y ocupan un espacio de 24 acres, que anteriormente contenia sobre 1,500 casas, las cuales fueron derribadas espresamente para plantear los diques. En este local está la plaza llamada *Well-dose*, donde el teatro Bumsuwick sufrió un hundimiento en 1828, pereciendo en la catástrofe un considerable número de personas.

En la calle llamada *Lower Thames*, se halla situado el edificio conocido por *NEW COAL EXCHANGE*, erigido en 1840 conforme al plan del señor Bunuing, arquitecto de la corporacion. Este edificio fué abierto con gran solemnidad por el príncipe Alberto, asistido por el príncipe de Gales en 1849, durante la mayor edad de sir Jaime Duke, quien tiene estensas conexiones con el negocio de carbones, y quien en conmemoracion de este acontecimiento, fué creado baronet.

Lo que á continuacion llama la atencion en las inmediaciones, es la aduana llamada *THE CUSTOM HOUSE*, que se halla

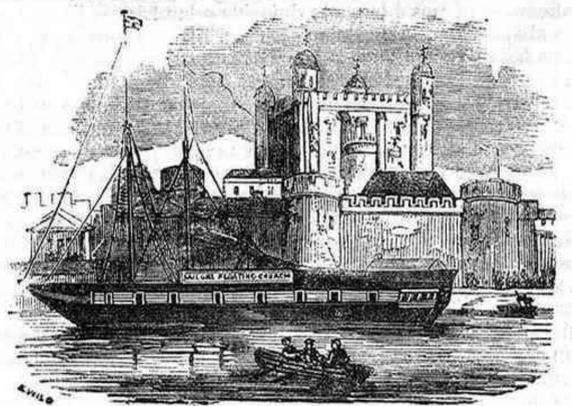


Puente Southerark Bridge.

las Indias, de gran valor, las cuales se esponen á la vista del público todos los lunes, jueves y sábados, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde.

En el callejon Marklane se admira el edificio dicho *THE CORN EXCHANGE*, erigido en 1828, y cuyo costo fué de 80,000. Es de elegante arquitectura griega dórica, y su techo está sostenido por doce pilares de hierro fundido, con capiteles.

Estando inmediato á la calle Canon-street, llama la atencion á causa de su gran antigüedad, la *Piedra dicha de Londres*, conocida por *LONDON STONE*. Está colocada en la parte Sur de la iglesia de San Suthin, y es lo que hay mas antiguo en la metrópoli, pues se remonta á la época de Guillermo I. Anteriormente era mucho mayor, y se hallaba situada en la parte opuesta del paso; pero se ignora la fecha precisa y objeto de su ereccion. Contra esta piedra Jacobo Cade dió un golpe con su espada, exclamando al mismo tiempo: *Mortimer es ahora señor de Londres*. La calle Thames street conduce á la calzada Oeste de la Torre de Londres. En su origen esta fortaleza era un pequeño edificio que erigió Guillermo el Conquistador en 1076. Este príncipe hizo edificar aquella parte conocida por *White Tower*, la Torre-blanca.



The Tower of London.

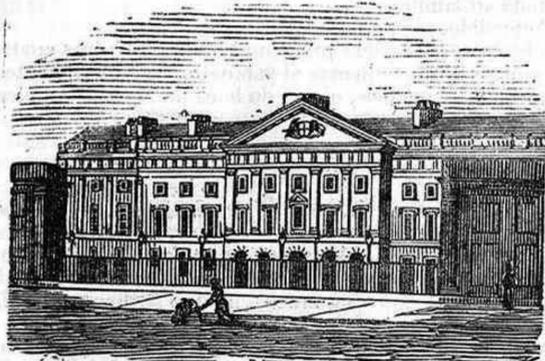
frente del río, á dos estadios de distancia del puente llamado *London Budge*. Lo que llama mas la atencion en este edificio, es el salon largo, que tiene 186 pies de estension, y está provisto de todo lo necesario para los negocios de su ramo. La aduana tiene 500 pies de largo con 100 de ancho, y tiene lugar para mas de 700 dependientes y oficiales, además de 1,000 empleados subalternos. La primitiva aduana, que existia en el mismo local, fué erigida en 1559.

Prosiguiendo la subida de la calle *Fish-street Hill*, y á lo largo de *Grace-church-street* y *Coruhill*, se llega al callejon *Bartholomeu*, donde existe el edificio conocido por *THE AUCTION MART*, emporio de públicas subastas, el cual deriva su importancia de su contigüidad al Banco y real Bolsa. Tiene todas las propiedades de un establecimiento mercantil, combinando la elegancia con la sencillez. Aquí es donde se efectuan ventas de estensas y considerables propiedades.

Dando la vuelta por *Poultry*, por el lado Oeste de *Mansion House* se entra en *Nalbrook*, donde aconsejamos al curioso viajero que se detenga para visitar la elegantísima iglesia de San Esteban *ST. STEPHAN'S*, justamente ponderada por todos los que la han visto, como obra maestra del gran arquitecto

sir Cristóbal Wren. El plan de este templo es original; la cúpula, sostenida por ocho arcos que tienen por base ocho columnas de orden corintio, es notable por su elegancia y aspecto escénico, circunstancia que ha dado lugar á que se considere por algunos como poco correspondiente á un lugar de devoción. Sobre el altar se ve un hermoso cuadro que representa el entierro de S. Estéban, pintado por Nest, y presentado por el reverendo doctor Néelson en 1776. Esta iglesia tiene 82 piés de largo y 59 de ancho, y el techo del centro tiene 34 de alto. A poca distancia está *Gisor's Hall*, que es parte de una estensa y antigua casa, que llama la atención por sus bóvedas, que segun dicen existen desde hace 600 años, y están sostenidas por 16 pilares que fueron trasportados desde Caen.

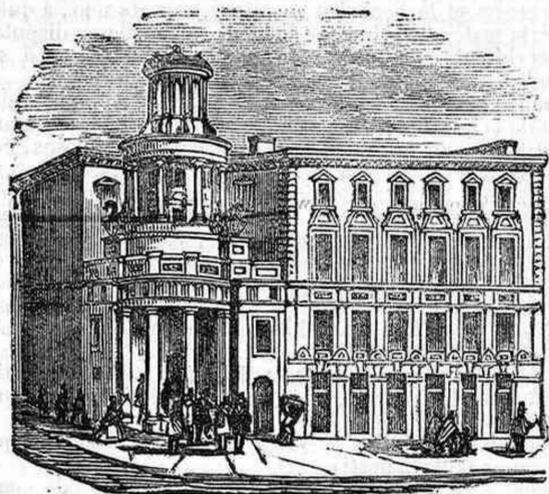
Prosiguiendo en direccion de Gracechurch-street, pronto se llega al extremo de la calle de Kuig-William, donde se ve



The Royal Mint.

sobre un elevado pedestal de granito una ESTATUA DE GUILLERMO IV, erigida por Nixon, y colocada donde actualmente se halla en 1842. Esta pública manifestacion á la memoria del monarca marino, es la de mayor tamaño que existe en la metrópoli. El pedestal tiene un bajo relieve que representa el cabrestante de un buque, y está sostenido sobre un plinto que representa una adujada de cable, cuyo diseño es obra del señor Kel-sey.

En *Fish-street Hill*, la famosa columna THE MONUMENT se presenta á la vista del espectador. Fué erigida de orden del Parlamento para perpetuar el recuerdo del espantoso incendio



New Coal Exchange.

de Londres. El diseño de esta obra maestra de arquitectura fué ejecutado por sir Cristóbal Wren, y en cuanto á proporciones se considera lo mejor en su clase. Se empezó en 1671, y su obra duró seis años, habiendo costado 14,500 schelines. Tiene 202 piés de elevacion desde el pavimento, y se asciende á ella por una escalera de mármol negro pulimentado, de 343 escalones. El incendio que esta columna recuerda fué erróneamente atribuido á los papistas, segun una inscripcion en el pedestal, que después fué borrada á instancia de D. Carlos Peasson. El daño ocasionado por la conflagracion, se calculó en 10.714,000 schelines; pero felizmente solo perecieron ocho personas.

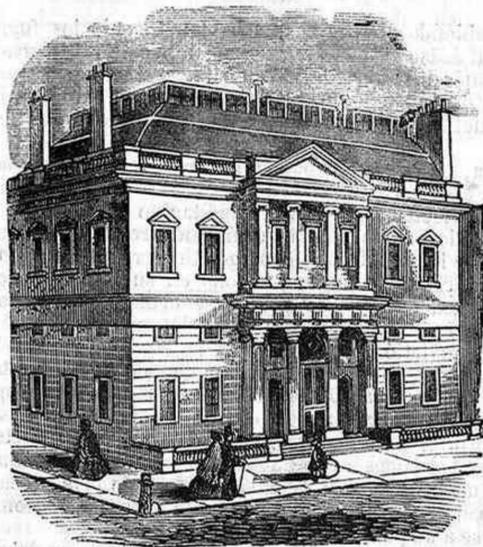


The Custom House.

Al aproximarse al puente *London Bridge* está el salon llamado de la Pescadería, *FISHMONGERS' HALL*. Es un gran caserío erigido en 1833 conforme al plan del señor Roberts, en el lugar del antiguo salon que edificó Sir C. Wren, y derribado en 1828 para facilitar la proximidad al puente *London Bridge*.

Consiste en un basamento de granito, destinado á oficinas, con bajos de piedra de Portland, que contienen habitaciones, etc. Sobre el centro de la fachada, que consiste en dos columnas de orden jónico con pilastras, están grabadas sobre piedra las armas del establecimiento. La fachada que da al rio es igualmente de buen gusto. Aquí se conserva una curiosa estatua de sir Guillermo de Walworth, cuya mano derecha empuña la verdadera daga con la cual hirió á Nat Tyler.

Desde este sitio se presenta con ventaja el Puente de



The Auction Mart.

Londres, *LONDON BRIDGE*, cuya primera piedra fué colocada por el muy honorable Juan Garratt (corregidor) en 15 de junio de 1825, en presencia del duque de York. Fué terminado y abierto al público por Guillermo IV y la reina Adelaida en 1.º de agosto de 1831. Este puente tiene 950 piés de largo, y de ancho de un parapeto á otro 83 piés: el paso para los carruajes tiene 55 piés. Una minuciosa inspeccion de esta espléndida estructura, y la vista de las embarcaciones desde el centro del puente, bastará para satisfacer la curiosidad del viajero en el primer dia.

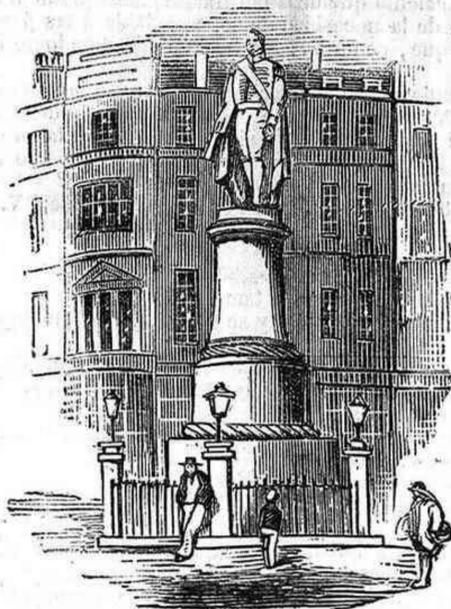
(Continuará.)



St. Stephens.

UNA HISTORIA COMO HAY MUCHAS.

Una de las principales causas que mas directamente han influido en la relajacion de nuestras costumbres, es sin disputa alguna la lectura de la novela romántica, que ha obrado



Statue of William IV.

una revolucion completa en todas las clases y ramos de la sociedad. Ella ha logrado establecer su imperio en el dorado palacio del magnate lo mismo que en la humilde morada del obrero: su semilla venenosa ha sido igualmente repartida en el santuario del hogar doméstico como en las regiones ele-

vadas del Estado. En torno nuestro no vemos mas que efectos tristes de tan depravada causa. Donde quiera que ten-

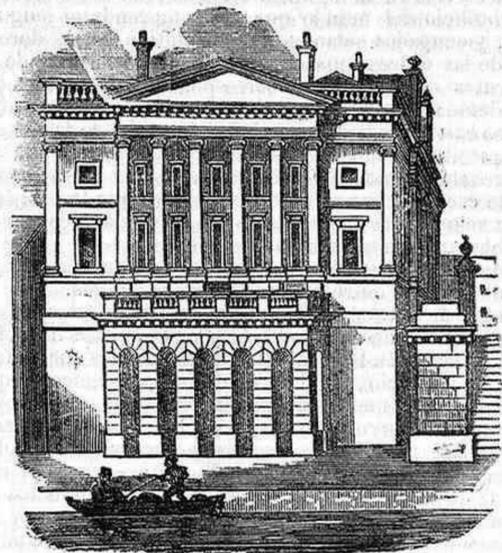


The Monument.

damos la vista no encontramos otra cosa que jóvenes licenciados, doncellas ávidas de romancescas aventuras.

Muchas son las reflexiones que una tras otra se agolpan á mi mente en este momento que me ocupo de cuestion tan delicada; pero separaré todas aquellas que no tengan relacion con el único objeto que me propongo tratar en este artículo.

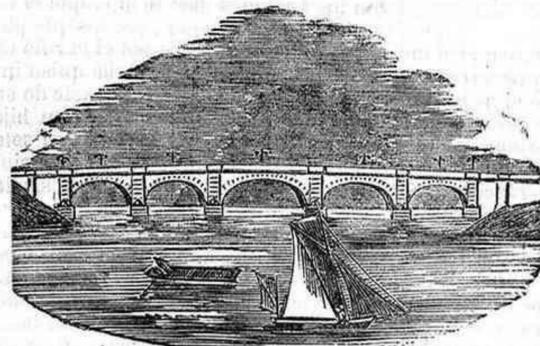
Frecuentemente vemos en el género que nos ocupa retratos de apuestos galanes de majestuosa talla, tez morena, ojos negros y rasgados, espesa y rizada cabellera, sombreado el labio superior por un retorcido bigote, y hermoso su rostro con las suaves tintas de una dulce melancolía. Colo-



Fishmongers' Hall.

quemos este bello ideal, obra solo de una imaginacion calenturienta, recostado sobre la columna fria del silencioso templo, ó envuelto entre los ondulantes pliegues de la anchurosa capa, embutido, digámoslo así, entre las sombras de solitaria calle, y veremos exaltada la cabeza de la jóven mas fria é indiferente.

No inferiores en interés son los dibujos de las heroínas: cuerpo delgado; talle flexible, que cual débil palma se mece á impulso de la suave brisa; pié diminuto y ademan de reina: esto en cuanto al cuerpo; respecto al rostro no están conformes los pinceles novelistas, pues los hay blancos con cabellos rubios y negros; morenos con los mismos colores de pelo,



London Bridge.

pobladas cejas y luengas pestañas, que ocultan unos ojos lánguidos; dientes de marfil, labios de coral, pálidas mejillas y boca en abreviatura, por la que sale á torrentes un caudal de aromatizado aliento. Sigamos en su excursion á la iglesia á este prodigio de la naturaleza, que marcha custodiada por la

sería cara de inconquistable dueña, ó examinémosla á través de claros cristales, tras de los que recatadamente se ocupa en bordar una flor, ó en leer á Victor-Hugo, Dumas y Soulié, y nos convenceremos de que los apuestos galanes tienen que disputarse con estocadas la posesión de objeto tan hechicero.

Y si por casualidad, y estas casualidades se presentan á cada paso, el gallardo mancebo que ha logrado la dicha de fijar la mirada de una de estas bellas, es pobre, oscuro y sin porvenir, y los padres de la joven amante son principes, condes ó marqueses, y como tal tiranos, pues sabido es que ningun noble permite enlazar sus hijas con el aprendiz de un pintor ó escribiente de un ministerio, ¿qué campo tan inmenso, qué horizonte tan vasto el que á nuestros héroes se ofrece de intrigas, de aventuras, de lágrimas y suspiros!

Entonces es ver cómo se ponen en juego los billetes pergamados, cuyo sabido tema son los juramentos de amor hasta la muerte; quejas y anatemas contra la fortuna que tan cruel se les presenta; odio al dinero y á las preocupaciones de la nobleza que interpone por barrera ferradas arcas y antiguos pergaminos que los adelantos del siglo debieran pulverizar, y proyectos de reclusión eterna en un convento, antes que entregar su mano (ella) á un conde ó un duque que la ama, y á quien mortalmente aborrece.

A los billetes, que siempre son confiados á una doméstica, amiga y sentimental, se suceden las citas en horas avanzadas de la noche y generalmente en el jardín del palacio, ó en las cercanías de un cementerio, donde solo tienen por testigos el siniestro aspecto del campanario y de las paredes del lugar donde reposan los que un día se contaron entre el número de los vivos, y altos cipreses y débiles acacias cuyas inclinadas ramas simbolizan la tristeza y espíritu abatido de nuestros románticos amantes. La luna, ese astro curioso que no puede dejar de presenciar todas las pláticas amorosas que pasan durante las horas de su reinado nocturno, alumbrada con sus plateados rayos esta escena de arrobamiento y embriagadora melancolía; pero cuando los dichosos amantes olvidados de todo lo que pasa en la tierra se hallan espiritualizados y estasiados con la idea de volar juntos a un mundo desconocido donde les espera una felicidad eterna, se deja oír por dos ó tres veces el graznido del buho cuya fatídica voz les hace volver en sí y recordar la realidad de su desesperada situación.

Después de las citas, en las que siempre hay que precaverse contra la vigilancia de los padres, se suceden los escalamientos, á estos se sigue el rapto, y tras del rapto viene la vida pastoril con todos los encantos de las praderas, de las flautas y rabeles, con el balar de las ovejas y el retozo de los corderillos que alegres juguetean sobre la pradera con sus amigos los hijos de la feliz pareja.

¡Hermosa debe ser, exclaman algunas jóvenes, esa vida de agitación, de fuertes emociones en la que después de mil contrastes se viene á tranquilizar en la soledad de un bosque, lejos del bullicio del mundo que no comprende el lenguaje del amor, y ocupados solamente en el cultivo de las flores y en gozar de las dulces sensaciones que ofrece la vista de los tiernos frutos de una pasión correspondida! Pero ay! que desgraciadamente para la inesperta juventud estos cuadros poéticos no existen mas que en el florido verjel de la novela. Algunas que ilusas han corrido en pos de sus bellezas, solo han encontrado espinas donde esperaban coger flores: desdichas donde creían hallar placeres. No sabían que tras la fragante rosa se oculta la venenosa vívora, ni que á veces un esterior afable encubre un corazón perverso.

Esto mismo es lo que acaba de suceder á una hermosa joven que me contaba entre el número de sus amigos.

D. Ramon de G... era un rico comerciante que después de muerta su muger concentró todo el cariño en sus dos hijos, Pedro y Elodia. Ageno D. Ramon á todos los negocios que no fueran los de su comercio, vivió contento hasta la época en que escitadas las pasiones en Elodia por la lectura de malas novelas tuvieron un desarrollo prodigioso. Mil veces la aconsejó su hermano que abandonara aquella lectura y tomase otra que iluminara mejor su juicio, y aun algunas veces la reprobó y la quitó los libros que por diferentes conductos se proporcionaba; pero el mal había echado hondas raíces, y no fué posible contener los progresos de la fiebre que rápidamente embargaba los sentidos de mi desdichada amiga.

Un día, en la iglesia precisamente, vió uno de esos hombres que conocía ya en los libros, que la miraba con particular atención, y desde aquel momento se propuso realizar uno de los muchos pasajes romancescos que bullían en su atolondrada cabeza.

Federico (este es el nombre del galán) no era un joven acomodado ni virtuoso: pero poseía un rostro tal como Elodia se lo había ideado, y esto bastaba. Nada importaba á la enamorada doncella la posición, costumbres y cualidades de su desconocido amante: toda reflexion para ella desaparecía ante la perspectiva de una pasión novelesca, y Federico escuchó de la boca de aquella incauta virgen que su amor era correspondido.

Pronto advirtieron D. Ramon y Pedro los continuos paseos que el gallardo mozo daba por delante de su casa; observaron que Elodia permanecía en los balcones mas tiempo que el de costumbre, y sorprendieron algunos billetes, por los que pudieron saber el nombre del que quería robarles el corazón de su hija y hermana. Antes de reprender á la doncella quiso informarse el padre si era digno Federico de formar parte de su familia; pero convencido de lo contrario, prohibió á su hija terminantemente que hablase á un hombre cuya pasión solo se cifraba en la rica dote que debía llevarle al matrimonio. Esta prohibición, acompañada de sanos consejos, solo sirvió para encender mas el fuego que ardía en el cerebro de la desgraciada joven, y contribuyó no poco á precipitar el desenlace, cuyas funestas consecuencias no tardaron en sentir todos los actores de esta escena.

Un día que Elodia se encontraba sola en casa, proporcionó á su amante la entrada en sus habitaciones; pero cuando la dichosa pareja se hallaba ocupada en la combinación de su plan amoroso, se vieron sorprendidos por el padre y hermano de aquella. Irritados con la conducta de los dos amantes, reprendieron fuertemente á Federico, y aun se vieron obligados á usar de la fuerza para despedir á este, cuya defensa tomó á su cargo la inobediente hija.

Pasaron unos cuantos dias en los que Elodia no quiso presentarse en la mesa bajo pretexto de hallarse algo indispueta,

y una mañana en que el cariñoso padre entró en el gabinete de su hija para enterarse del estado de su salud, encontró en vez de Elodia un billete dirigido á él y concebido en los términos siguientes: «Querido padre: No pudiendo resistir á la pasión que me consume, huyo con Federico, cuyo acendrado amor es la mejor garantía de mi felicidad. Perdonadme, y sed tan dichoso como lo desea vuestra hija, Elodia.» Un abismo que rápidamente se hubiera abierto á los pies del desgraciado anciano no le hubiera causado tanta sorpresa como la lectura de esta lacónica carta, que le hizo brotar lágrimas de dolor.

No sabiendo el rumbo que habían tomado los fugitivos, marchó al acaso en su persecución; pero este infortunado padre, después de haber corrido en balde casi toda la Europa, ha tenido el desconsuelo de concluir sus dias en país extraño sin haber vuelto á ver su hija, única causa de su anticipada muerte.

Elodia, no habiendo podido llevar en su precipitada fuga mas que algunas alhajas y un poco de dinero, principió á sentir los efectos de su impremeditación tan pronto como el especulador amante gastó el último producto de los diamantes que habían llevado consigo. Un arrepentimiento tardío, la muerte de su padre que sonó en sus oídos como una terrible acusación, y el desprecio y cruel tratamiento que sufrió esta infeliz muger por parte del que en vez de protector se convirtió en tirano suyo, la han conducido á la sepultura á los seis meses de su evasión de la casa paterna, lejos del suelo que la vió nacer, y sin una voz amiga que la dirigiera palabras de consuelo en sus últimos momentos.

Por último, el bondadoso Pedro, después de haber tenido noticia de los sucesos que acabó de referir, se encuentra presa de una negra melancolía, retirado de la sociedad, y ensimismado en su dolor, el que dice le acercará el momento de reunirse á su padre y hermana.

Quiera Dios que este ejemplo, tan reciente como doloroso, sirva de estímulo á aquellos padres, que por sus ocupaciones ó mas bien por indolencia, no hayan cuidado de escoger para sus hijas obras buenas entre las muchas que se publican de recreo, y en las que la bella juventud pueda engolfarse sin peligro de naufragar.

P. ORTIGA REY.

LA PERLA DEL TURIA.

Por Francisco J. Orellana.

INTRODUCCION.

La condesa de Villapar es una amable señora de cuarenta años, que no disimula su edad, aunque bien pudiera hacerlo mejor que cualquiera otra, pues apenas aparenta haber salido de la juventud. Este solo rasgo de su carácter basta para demostrar que debe ser apetecible su trato.

En una reunion de personas francas como la condesa, y en la casa de esta, encontré hace tiempo á Florencio Granados, antiguo amigo mio y compañero de colegio, á quien no había visto desde que se graduó de doctor en jurisprudencia, precisamente cuando yo comenzaba la carrera. Trabajo me costó reconocerle, pues solo conservaba de su antigua fisonomía unos ojos negros rasgados y elocuentes, cuya vivacidad y travesura no habían conseguido amortiguar los años ó los disgustos; y sentí tener que atribuir á la relajación de sus costumbres la notable decadencia de su semblante, al oír que la condesa, con su habitual ingenuidad, le decía:

—Pero, Granados, ¿es posible que nunca deje V. de ser calavera?

No sé á quién sorprendió mas esta interpelación, si á Florencio ó á mí, pues yo le había conocido siempre juicioso á pesar de su natural viveza: le conservo cariño, y no pude menos de mirarle, aguardando con ansiedad que se disculpase de un cargo, en mi sentir, no merecido, y grave en los labios de la condesa, cuyo modo de pensar es muy distinto del de la mayoría de las gentes á la moda. Los ojos de mi amigo chispearon repentinamente con un resplandor verdaderamente siniestro, y en seguida se amortiguaron con una espresion de languidez y pesar que revelaba una amargura profunda.

—Señora, dijo, seré mientras viva el mismo que soy ahora, con tanta mas razon, cuanto que mi carácter aparente mas procede del cálculo que de la naturaleza; más que de mis inclinaciones, de la necesidad de ser agradable á las personas bondadosas que, como V., me honran admitiéndome en su sociedad.

—Mal cálculo es ese, repuso la condesa: ¿un hombre de las prendas de V. se sacrifica de ese modo, se condena á ser siempre casi una nulidad para sí, cuando con el talento que le conozco, bien aplicado, pudiera V. facilmente figurar en primera línea en cualquier ramo á que se dedicase?

—Me contento con no ser del todo desagradable á V., señora.

—No tiene V. ambición?

—Ninguna.

—En ese caso, claro es que tampoco amor.

Mi amigo guardó silencio y se sonrió de un modo particular.

—Además, prosiguió la condesa, que á la edad de V... pues si no me equivoco ya contará V. treinta y cinco.

—Muy cumplidos, señora.

—Razon mas para que va debiese V. sentar la cabeza. ¿Por qué no se casa V., Granados?

—¿Por qué no se casa V., condesa?

—Porque no me gusta que las viudas se casen.

—Y nada mas?

—Y porque dificilmente encontraría un hombre de mi gusto. Pero hablamos de V.

—Señora, ya que V. ha manifestado su repugnancia al matrimonio en segundas nupcias, no creo ofenderla diciéndola que estoy soltero, precisamente por la dificultad de encontrar una muger con todas las condiciones que yo necesitaria para que me hiciese feliz.

—Es posible!... Y no ha encontrado V. ninguna?

—Sí, una.

—Pero no la ama V.

—La amo.

—No es V. correspondido?

—Creo serlo.

—Entonces...

—No puede ser mi muger.

—Alto ahí! dijo la condesa, mirando con seriedad á mi amigo; no quiero penetrar en ese misterio: será una pasión literaria... es decir, de esas que ha puesto en moda la literatura: una muger casada...

—No sé, contestó Florencio, si podrá calificársela de tal.

—No comprendo eso. Es soltera?

—No señora.

—Y viuda?

—Tampoco.

—Pues qué es?

—De todo tiene un poco.

—Sabe V. que eso pica en historia?

—No tengo inconveniente en referirla, con tal que V. me permita suprimir el apellido de la heroína, y por consiguiente el de toda su familia.

—Concedido.

Dicho esto, la condesa pasó con Florencio y otros cuatro ó cinco amigos de su confianza al gabinete, y allí sentados todos al amor de la chimenea, oímos de boca de aquel la siguiente historia.

I.

Naufragio en el puerto.

Sin ofender á nadie puedo decir que Cándida era la joven mas hermosa de Valencia y sus cercanías. Cuando la conocí apenas contaba diez y ocho años: yo tenía ya veinticinco y era doctor; pero á pesar de mi edad y mis estudios, temblé ante aquella niña, como un muchacho que se dispone á sufrir los primeros exámenes.

Los padres de Cándida solían pasar con ella y otra hija mayor casi todo el año en una magnífica casa de campo distante media legua de la ciudad, en la cual solamente moraban durante el invierno.

Un día tuvimos la humorada cuatro amigos de salir á caza de volateria por la huerta de Valencia; pero fué tal nuestra desgracia, que á pesar de haber amanecido sereno, antes de mediodía se cubrió el cielo de nubes densas, y comenzó á descargar una horrorosa tempestad de granizo. Este contratiempo nos obligó á buscar un asilo mas que de prisa: estábamos cerca de la quinta de D. Julian N... de quien era íntimo amigo uno de mis compañeros, el cual, prevalido de esta confianza, nos condujo á aquella casa.

El señor D. Julian era un ser benévolo, apacible, honradísimo, y cuyas mayores delicias consistían en disfrutar sosegadamente el amor de su familia, y utilizar sus cuantiosas riquezas en obsequio de sus amigos y en bien de los demás hombres: no se le conocían enemigos, excepto uno, á quien no quería mal; un vecino que se había empeñado en disputarle la servidumbre de una vereda, por la cual se pasaba á sus heredades.

Cuando le anunciaron nuestra llegada, salió él mismo á la puerta de la quinta; me parece que le estoy viendo: la situación en que yo me encontraba, calado hasta los huesos, con la ropa pegada al cuerpo y tiritando de frío, no era la mas oportuna para formar comparaciones poéticas; pero al ver aquel anciano medio calvo, y de aspecto bondadoso y simpático, que en traje sencillo de labrador, venía á mi encuentro con los brazos abiertos, me figuré ver en él la imagen de la hospitalidad antigua. Sin dar tiempo á que mi compañero nos presentase: Adelante, señores, dijo: adelante. Hace mal día: ¿No es verdad?... Y metiéndonos á todos dentro, después de quedarse el último gritó:

—Pedro!... un par de cargas de olivo á la chimenea. Juliana! cuatro mudas de ropa, en seguida. No sé si he dicho que éramos cuatro.

El amigo de D. Julian se volvió entonces y le suplicó que no se tomase tanta molestia.

—Calla!... tú aquí! exclamó el buen anciano riendo como un chiquillo. No te había conocido. Vamos adentro: á calentarse bien... Pero esas ropas húmedas no pueden hacer ningun provecho á la salud.

Y velis-nolis, nos obligó á mudarnos de ropa, después de lo cual nos condujo á una pieza donde ardía una gran fogata en una espaciosa chimenea.

Sentada junto á una ventana estaba Adelaida, la hija mayor de D. Julian, bordando un tapiz; y Doña Petra su madre andaba muy solícita disponiendo lo necesario para que fuésemos bien asistidos.

Mi amigo saludó á esta señora y á su hija como á conocidas antiguas, y preguntó por Cándida.

—Ya iba yo á preguntar tambien por ella, dijo á este tiempo la condesa de Villapar; pues creí que se había V. olvidado de sus amores.

—No es fácil, señora, contestó mi amigo Granados. Cándida estaba, segun dijo su padre, retirada en su gabinete de estudio, acabando un cuadro de San Pedro en la prison, que quería regalar á su madre. Oh! es un prodigio mi chiquitina! prosiguió diciendo con exaltación el anciano D. Julian: á su edad pocas habrá que imiten con tanta perfeccion las obras de los grandes maestros en pintura, y eso que no es esta, de las nobles artes, la preferida de ella; pero esa criatura ha nacido para poseerlas todas, y mucho temo que se me desgracie.

He tenido siempre cierta prevención contra los elogios que hacen los padres de sus hijos, y contra la hermosura de las mugeres artistas. Al oír á D. Julian hablar así de su hija, no pude prescindir de proponerme este dilema: —ó esa chiquita pinta mamarrachos, ó es fea como un coco. Creía yo entonces que el talento práctico y la hermosura en la muger eran dos cosas incompatibles; y fundaba mi observacion en la experiencia, pues son rarísimas las mugeres jóvenes y hermosas á quienes la vanidad no hace necias. Sin embargo, por mi desgracia esta vez me equivoqué como otras muchas, y mi equivocacion me fué fatal, pues me impidió prevenirme contra los atractivos de una criatura superior: esperé ver una muchacha comun, que á las faltas propias de casi todas, reunía la presuncion de artista, más insoportable aun que la de las gracias naturales.

Entablóse entre tanto la conversacion entre nosotros y nuestro huésped, cuyo carácter expansivo nos alentó muy

en breve para hablar con la misma franqueza y familiaridad que si estuviésemos en nuestra propia casa. Un defecto me pareció notar en D. Julian, y digo defecto, no porque en mi juicio lo sea, sino porque en nuestra sociedad hace al hombre de bien víctima del primer pícaro que se dedica á explotarle. D. Julian era demasiado cándido; entusiasta escesivamente franco, cuando elogiaba á sus hijas ó á sí propio, no se le podía tildar de vano, decía la verdad segun la sentía, con tal sencillez que hasta su vanagloria era modestia. Pero su misma ingenuidad le predisponía siempre para creer á los demás, de modo que con la mayor facilidad del mundo, con solo seguir la corriente de sus sentimientos, se le tenía pronto á formar los mas bellos castillos en el aire.

Hablando de nuestra llegada á la quinta, hicimos observar á D. Julian que habíamos pasado por la senda, sobre cuyo uso intentaba ponerle pleito su vecino, y con este motivo nos dijo:

—Buena cosa han hecho VV.: si por casualidad les hubiese visto mi vecino Ramirez, ya le tendríamos aquí disputando. Es mucha manía la de ese hombre. Quisiera vencerme de que lleva razon, para dársela.—Cabalmente, le contestó el compañero de quien he hablado antes, hay entre nosotros un abogado, un doctor llamante, que podrá informar á V., y tomar su defensa en caso necesario. Y me designó.

Don Julian comenzó á explicarme el origen de aquella servidumbre, y las razones que alegaba su vecino Ramirez para pretender impedirle el paso por la senda. ¿Creerán ustedes que yo, como abogado novel, y ganoso de inaugurar me brillantemente en el foro, me enteraría bien de la cuestion? Pues nada menos que eso. Me lo impidió la sinfonía del *Guillermo Tell*.

La condesa lanzó una exclamacion, que acompañamos en coro todos los oyentes. No podíamos comprender qué relacion tuviese una sinfonía con la distraccion de un abogado novel; pero nuestro amigo nos lo explicó así:

—Mientras hablaba D. Julian de su futuro pleito, la tempestad rugía desencadenada: el cielo se habia puesto tan oscuro que fué necesario encender luces; y en los momentos en que las exhalaciones eléctricas centelleaban mas impetuosas, y en que retumbaban los truenos como si amenazase desquiciarse el mundo, llegaron á mis oídos los armoniosos acentos de un piano tocado con extraordinaria maestria, con una limpieza sorprendente, con tal fuerza de inspiracion y sentimiento, que por primera vez conocí las misteriosas relaciones que enlazan á la naturaleza con la música. No podia dudar que estaba oyendo la famosa sinfonía del *Guillermo*, ese parto monstruoso del talento, y sin embargo, se me figuraba que el genio de Rossini cabalgando en los rayos era quien hacia descender á la tierra sus mas vigorosas armonías.

D. Julian hablaba de escrituras antiguas, de uso no interrumpido, de testamentos, de derechos adquiridos y no disputados, y yo escuchaba cómo hervían las pasiones en el seno de la comprimida poblacion helvética, cómo se conjuraba el pueblo contra sus apesores, cómo daba el grito de alarma y se erguía gigante para repeler al tirano. Hubo un momento en que no pude ya contener mi entusiasmo: las notas agudas, imitando el alarido de los clarines de guerra, daban la voz de alarma, á tiempo que un espantoso trueno parecia imitar el estruendo de los cañones: mis tres compañeros y yo estábamos fuera de nuestros asientos. D. Julian dijo: Es indudable el derecho que me asiste: á lo cual respondí: Bravo!... Magnifico!... Mis compañeros deseaban esta esplosion, y se pusieron á aplaudir desahoradamente. D. Julian soltó una carcajada. La música cesó en el acto.

El amigo de nuestro huésped se lanzó á una puerta lateral, gritando:

—Siga V., Candidita, siga V. por Dios!

Pero no pudo conseguir que la jóven artista continuase tocando. Casi en seguida oí una voz dulce, deliciosa, de muger que se disculpaba en la estancia inmediata: sentí que aquella voz me turbaba, pareciéndome que la jóven á quien no conocia y que tan mal habia yo juzgado, segun mis prevenciones, adivinando mis pensamientos, acababa de darme una leccion terrible: si he de decir la verdad, tuve miedo de verla aparecer ante mí.

La señora de la casa habia mandado disponer la comida para todos nosotros, no tanto por obsequiarnos, cuanto porque la tarde seguia enmarañada y lluviosa, y no era posible que nos volviésemos á Valencia en mucho rato. Yo entre tanto aguardaba trémulo de temor y de deseo la aparicion de aquella hada de las artes, de aquella perla que, escondida en su retiro, me habia revelado una parte de su valor.

Entonces no me parecieron exageradas las palabras de D. Julian, que dejando á un lado su pleito para hablar de su Cándida, nos dijo:

—Me da miedo el talento de esa muchacha, y casi me pesa no haber escaseado gasto ninguno para darla una educacion esmeradísima. Cuando hace un año la saqué del colegio, creí que retirada en este desierto, solo pensaria en distraerse, porque la aficion al estudio habia quebrantado su salud. Pero nada, la misma es aquí que en Valencia, y aun estoy por decir que su aplicacion ha crecido con la soledad. Ahora me tienen VV. indeciso, que no sé qué hácerme: algunas personas que la han oido cantar (porque tiene una hermosísima voz de contralto, como luego juzgarán VV. mismos), se han empeñado en que la lleve este invierno á la ciudad, y que la permita lucir su talento en las reuniones. Por una parte mi orgullo de padre me inclina á seguir este consejo, porque estoy seguro de que la aplaudirán furiosamente; pero por otra temo que la chica se aficiona al ruido, y ¿quién sabe?... sería capaz de obstinarse en salir al teatro.

—¿Y por qué no se le habria de conceder ese gusto, dije, si manifestase una decidida vocacion al teatro? No es ninguna deshonra.

—Calle V. por Dios! contestó el buen anciano: ya sé que no es deshonra ser artista virtuosa; pero á mis años no estoy para seguirla á todas partes: y ni ella me abandonaria, ni yo podria dejarla partir. La quiero tanto, que si un príncipe me pidiese su mano, y es pequeño partido el de un príncipe para ella, no se la concedería sino con la condicion de vivir en mi compañía.

Quando he recordado después estas palabras, no he podido prescindir de pensar, si hay algun espíritu maligno que se goza en castigar el escesivo cariño de los padres. Entonces

solamente sentí cierto malestar, cierta pena, en vista de las elevadas aspiraciones de aquel anciano respecto á su hija. Procuré disimular esta disposicion de mi espíritu, por otra parte incomprensible para mí mismo, y apoyé la idea de que convenia que Cándida luciese sus talentos en los salones de Valencia. Ese espasmo, dije entre otras cosas, no podrá menos de vigorizar el ánimo de esa señorita, y separarla del estudio asiduo, que es el que enerva y mata. Los aplausos alegran el corazón: en las artes, solamente las decepciones irritan la sensibilidad; pero como la señorita Cándida solo encontrará admiradores, no es de temer que los disgustos la mortifiquen. Además, para las almas elevadas como la suya, es una necesidad removerse en un campo de laureles, y el aislamiento en que vive puede concluir por serle fatal.—¿Lo cree V. así? me preguntó D. Julian alarmado.—Así lo creo, repuse; porque el espíritu requiere vivir en su propia esfera, y sacarle de ella es provocar un conflicto entre los diversos elementos de la vida.

Debo confesar que, hablando así, no me hacia ya ilusiones: mi objeto era inclinar el ánimo de D. Julian hácia un pensamiento, que me prometia el gusto de oír y ver con frecuencia á Cándida; de quien tenia ya una elevada idea. Pero ignoraba yo que comenzaba con mal pié mi profesion de abogado, pues nunca espero hacer una defensa más contraria á mis intereses. D. Julian se indignó á mi parecer, y desde entonces perdí mi pleito.

A poco nos avisaron que se nos esperaba para comer. Jamás he cometido tantas torpezas en la mesa como aquel día. La casualidad hizo que Cándida se sentase á mi lado, y no supe servirla. Desde el momento en que la vi al entrar en el comedor, quedé subyugado por su extraordinaria hermosura, realzada por el rojo matiz del pudor. Cándida estaba abochornada de que personas extrañas la hubiesen oido tocar, y era tan admirable aquel color sonrosado en sus mejillas, por lo comun blancas como el alabastro, era tal el hechizo que esmeraban sus expresivos ojos negros, casi del todo velados en aquel instante por sus largas y sedosas pestañas, y revelaba tanta dignidad su persona, en medio de su sencilla turbacion, que me aturdí, y apenas tuve alientos para decir cuatro necedades, lugares comunes, en elogio de la que en mí sentir era un pasmo, una brillante conquista para las artes.

Al sentarnos á la mesa dijo D. Julian:—He aquí, señores, en qué consiste que me considero el mas feliz de los hombres. Esta, añadió señalando á su hija Adelaida, es el entendimiento en mi casa, el juicio, la recta razon, que todo lo gobierna, y en todo tiene acierto. Esta otra es la imaginacion, el talento, la poesía: con el tiempo será tambien una mugercita de su casa, pero entré tanto la una piensa por mí, la otra me deleita: no necesito molestarme para nada: todo lo poseo.

Mucho habríamos ganado todos si D. Julian no se hubiera tomado nunca la molestia de pensar por sí solo...

—¿Pues qué medio? preguntó la condesa de Villapar, reparando que Florencio habia interrumpido de pronto su narracion.

—Ah!... exclamó Florencio saliendo de su distraccion: es cuento largo, señora; y no sé si tendrá V. paciencia para escucharme hasta el fin.

—Siga V.

—Seré todo lo breve posible. Cándida me hechizó: durante la comida no me atreví á mirarla cara á cara, sin embargo de que ella sostuvo la conversacion conmigo con amable naturalidad. Luego que nos levantamos de la mesa, nos condujo D. Julian al estudio de Cándida, con lo cual nos probó que no en vano temia por el talento de su hija. Las obras maestras de Murillo y de Rafael, aquellas en que á la nobleza de los asuntos se unen la suavidad de las formas y la reverberacion del sentimiento, estaban allí fielmente reproducidas entre mil caprichos originales de imaginacion y bellísimos paisajes copiados del natural. Pero D. Julian tenia razon en decir que la música era de las bellas artes la preferida de su hija: rogola que cantase alguna cosa de su composicion, y aunque visiblemente conmovida, se sentó al piano, y acompañándose ella misma entonó una bellísima romanza, cuya letra conservo en la memoria, y decía así:

LA GOTA DE ROCÍO.

La aurora rozagante,
del lecho de su amante
se levantó llorosa
cierta mañana:
y derramó una lágrima,
que recogió una rosa
fresca y lozana.

Creyéronla diamante
de fúlgido cambiante
las aves y las flores,
que la veían:
y en cánticos dulcísimos,
y en plácidos loores
se deshacían.

Secarla con su aliento
quiso envidioso el viento,
mas la trepó insolente
con duro modo.
Y la tierra tragóselo,
tornándola, inclemente,
miserio lodo.

¡Triste del que desata
sobre la tierra ingrata
las fuentes de su llanto,
dulce rocío!
Por eso el cielo pláceme;
por eso siempre canto,
siempre me río.

—¡Muy bien! dijo la condesa; ¿y era tambien suya la letra?
—Por eso no la he olvidado, repuso mi amigo. Pero no es posible formar idea de esa romanza por los versos: la música, y sobre todo la sublime expresion de melancolía con que fué cantada, eran muy superiores á las palabras, y todo

mi entusiasmo de hombre enamorado, porque lo estoy á mi pesar todavía, señora, no bastaria á espresar el mérito de la jóven artista, ni la deliciosa sensacion que causó, no solo á mí, sino á todos los que la oyeron. Por lo que á mí toca, baste decir que desde aquel instante me creí perdido: habia buscado con mis compañeros un asilo, un puerto que me salvara de las rias de la tempestad, y naufragué en él. Si desde que vi á Cándida no me hubiese enamorado como un loco, la romanza cantada por ella habria dado al traste con toda mi gravedad de doctor.

(Continuará.)

EL ESCRIBANO MARTIN PELAEZ,

SU PARIENTA Y EL MOZO CAINEZ.

(Continuacion.)

Formaban el corro el señor cura, sin alzacuello ni bonete puestos, el cirujano con chupetin de terliz y sin corbata, el dómine con casaquilla de cúbica, el mayorazgo Timoteo Rincon en mangas de camisa y apoyado en una tranca, la tia Corneja hilando copos de lana burda, el sacristan con chaqueta de bayeta negra, el ama del señor cura con sus perfiles de dueña, el escribano Martin con blusa, pantalon y zapatos de cutí; y tras estos personajes, muy repantigados, sentados en el suelo en segundo término y meramente en calidad de auditorio, veíanse mozas retozonas, muchachuelos descalzos y mugeres criando que ya daban cabezadas, ó con la mano en forma de abanico aventaban los mosquitos del rostro de sus hijuelos.

No se advertia la presencia de la señora Justa ni la de mozo Cainez; mas quien hubiese sido un tanto curioso ó algo suspicaz, averiguado hubiera que los dos estaban en la cámara que respiraba por la reja grande.

En efecto, veíase á Cainez caido con muelle abandono en un butacon de baqueta, la frente reposada sobre el puño y el puño afianzado en el respaldo de una silla. Vestia el jóven la misma ropa que á su llegada trajo, con todo aquel atavío y sañada limpieza, salvo que el chaleco desabotonado dejaba libre respirar el pecho, y sobre el corazón estaba constantemente la pluma negra, no de otra suerte que si fuera el amoroso presen e de una perdida beldad ó el fúnebre recuerdo de alguna malograda hermosa arrebatada desde su amante seno hasta la eternidad en las lóbregas alas de la muerte.

La señora Justa con marcada oficiosidad se entretenia en trastejar sin qué ni para qué los utensilios de la estancia, y mostraba estar un sí es no es amostazada sobre conocerse que guardaba conato.

Irresoluto é intencionada al propio tiempo, bien claro lo mostraba todo en sus raposadas y acechos; mas no se arrojaba á romper el silencio establecido, sin duda recelosa de un mal comenzamiento, que suele ser término desastrado de los mejores y mas bien medidos planes.

Quédese aquí lo que pasaba por dentro de la casa, y de puertas afuera los asistentes al corro veían como mataban entre mosquito y pulga las horas aquellas de la noche relatóndose mentiras, consejas y permisiones del Altísimo.

Si posible me fuera, lector mio, el darte cuatro ojos y dos criterios que se unieran en un vértice de percepcion, leerias á la vez las dos escenas que marchaban á la par y que aquí van la una tras de la otra como los renglones.

—Pues yo por mí vivo en un pié, dijo el mayorazgo Timoteo Rincon después de haberse quejado muy dulcemente el señor cura de la falta de devocion progresiva que advertia en sus fieles: yo por mí vivo en un pié como grulla, porque solo V. sabe lo que me pasó este domingo que viene hará un año, entre el olivar del Zurdo y la viña Gabacha que plantó mi papá-abuelo para mí cuando la guerra del francés, cien pasos mas allá tirando á la mano de afuera de la barranca del Lagarto y dejando á la mano de aca la peña Salada, que mal año en ella porque al saborete se desgalgan las cabras por aquella banda y hacen mas daño que la piedra seca...

—Pero vamos á lo que le pasó á V., dijo el dómine.

—No lo he dicho nunca mas que al señor cura, y lo voy á contar, porque ya está tomado en cuenta. Pues señor, pasó lo mismo que me tengo de morir: era último domingo de julio, y aun relumbraba el *lucero miguero*, cuando yo me estaba todavía en la cama y dándome á las barbas sin saber qué hacerme hasta mas tarde; entró en esto *Lepe* sin haberle ni llamado, ni Cristo que lo fundó, y se me fué derecho á la escopeta y gruñó, y dió después un salto y se me plantó en la cama, haciéndome fiestas y dándole al rabo que no se le veia de tan redeprisa como lo meneaba... Marcha, *Lepe*, le dije, y el perro *ñau, ñau*, y dale, y sin moverse mas que para oler el morral: aquello, vamos, me pareció que queria decir algo, y no caí en la cuenta de que *Lepe* pudiera tener arte con el diablo; me vestí, cogí el retaco para las perdigañas, y guardándome para mí el volver á misa, di gusto á *Lepe*, que de alegría pegaba unos brincos mas altos que los del galgo del herrador.

—Válgame Dios, señorito, y era pachon! pero no veia su merced al malo en eso mismo, señorito?

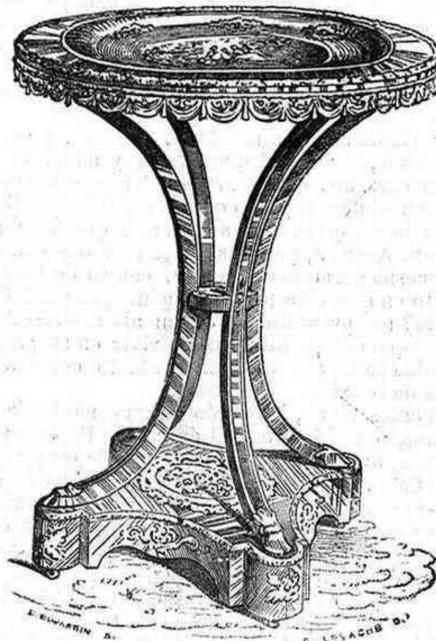
—Calle V., tia Corneja, mas altos, y todo eso no es nada para lo que voy á contar. Pues señor, como iba diciendo, al salir del regadío, y como quien entra que digamos en los panes del Zurdo, se quedó *Lepe* de muestra hecho un trompo; pasa *Lepe*, y el perro va y rompe, y salió un mochuelo, que no les tiro nunca desde que sé que se comen los ratones; á pocos pasos *Lepe* se levantó de peon, y de parada en parada me fué llevando hasta que se plantó como un mazo: entra, *Lepe*; el perro va y entra y sacó una rata, que tampoco las tiro desde que sé que se las comen los mochuelos: vamos andando, *Lepe*, le dije, y le solté á cazar largo; pero á los primeros rebuscos empezó á latir de levante, y ¡que llevaba á la punta un gatazo negro, que tampoco le tiré porque salen á comerse las ratas: *Lepe* tras el gato se entró por la pedriza, y ya lo tenia perdido, cuando en las revueltas se plantó de repente y soltó á latir de parada; fuime á él por ver lo que fuese, y vi aculado un zorro, tambien negruzco y mas grande que dos borregos juntos.

—Jesús mil veces!

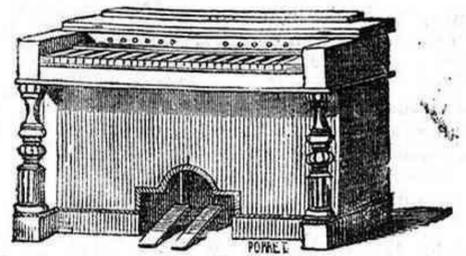
—Lo mismo que soy Rincon, y sino que lo diga el señor



Pupitre de señora.



Velador.



Melodium.

cura sino se lo tengo dicho en conciencia y confesado en forma lo mismo que lo digo. Aguanta, *Lepe*, le dije, que yo hasta entonces no sospechaba nada del perro, y metí mas tripas al retaco. Pues señor, fuime al zorro y le aticé á *descansa arriero*, que debió de quedar hecho un taco, pero ni pelo siquiera; apenas lo arremetié *Lepe*, que el zorro se fué á él y á revueltas los dos y dando tumbos, pegáronme en las piernas á propósito, y vine al suelo, y ellos peleando sobre mi tripa que no me bastaban ni las manos ni los piés, hasta que de mordeduras y arañazos no veia mas que la hora de mi muerte ya llegada, y me encomendé á la santa Virgen, que me salvara si era tiempo, perdonando mis culpas y pecados...

—Para Dios y su Madre nunca es tarde, replicó el párroco; y el mayorazgo Rincon prosiguió diciendo:

—Así fué ello, señor cura, que ya estaba yo perdido el magín, cuando oí que venian los mastines del pastor que hace rosarios, y se echaron como fieras sobre *Lepe* y lo hicieron cuartos.

—Y el zorro? preguntaron todos á la vez.

—Qué zorro ni qué calabaza, si era el diablo, replicó Rincon, el cual tomó pipa antes y con tiempo, y el endemoniado *Lepe* si se entretuvo fué por chuparme la sangre, sino ya podian los mastines echarle un nudo al rabo. Yo desperté de aquel zamarreo, y se me destaparon las orejas cuando las campanas tocaban á *sanctus* en la misa mayor. Desde entonces no quiero mas caza en dia de fiesta, porque si otros han visto al diablo, á mí me ha pisoteado las costillas con toda su mala intencion, y despidiendo un tufo que reventaba las narices.

Persignáronse todos menos Martin, y el cura, echando una pausada bendicion por encima de los tertulianos, dijo: *libera nos a malo*.

La tia Venceja tenia fama de zurcir mejor un cuento que un roto, y tomando á su cargo entretener el concurso, comenzó una sabrosa balsa que se sigue:

—Érase que se era la muger de un letrado corregidor de Almuñecar, mas sana de cuerpo que de alma, con unos pechos como palomas blancas, que los dejaba traslucir á los hombres por una rendijilla peligrosa como la boca del saco de las culpas, y los mancebos caian en tentacion; y viola un dia un pasajero y la dijo muchas ternezas, tales que no cabian mas en un libro de caballerías, y ella las escuchó como consejo en que van gusto y provecho, y dió en perseguirlo después muy aficionada; y él siguiendo después de levante y ella de seguida, fuéronse los dos andando! andando!! andando!!! y sin nunca pararse ni reposarse jamás cada vez mas lejísimos andando, andando, hasta que sin comer, sin dormir ni reposarse ya dejaron atrás la tierra y se salieron del mundo; y hoy es la fecha que todavía no han vuelto ni llegarían en cien siglos, mas que quisieran, al pueblo de donde salieron al toque de *Animas*.

—A esa le sucedió lo que al marino capitan Cook cuando se empeñó en dar vuelta al globo terráqueo, que aun lo están aguardando los ingleses, dijo Martin, y prosiguió su cuento la tia Venceja.

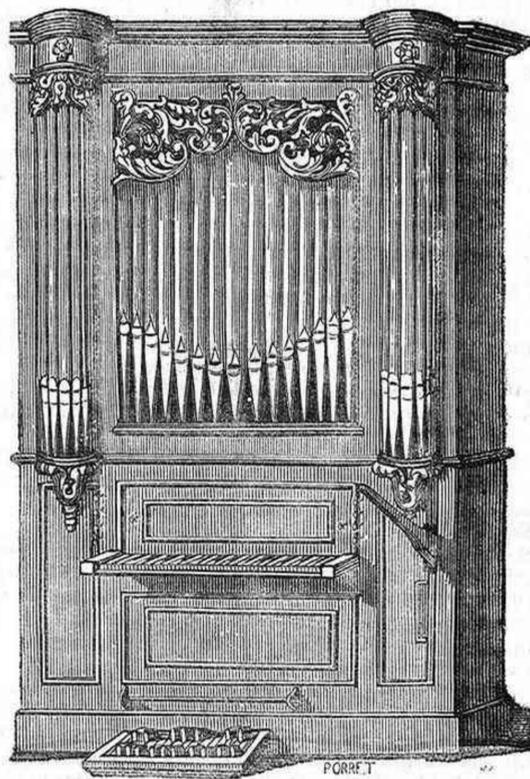
—El corregidor no la echó de menos, y aquella noche se acostó con una diabla oculta bajo la apariencia misma de su propia muger, con la cual diabla siguió haciendo vida, y tuvieron un *súcubo*, que apenas nació pidió la pipa y empezó á echar humo por boca y narices mas tieso que un Gerineldo. Este *súcubo*, corriendo el tiempo, se graduó de *menores*; y el beato Simon de Rojas, después de haberlo vencido en un punto de teología, lo encerró en un relicario y lo arrojó al brasero de la *santa Inquisicion* en presencia del pueblo cristiano, que oyó cómo de la hoguera salieron unas voces que decian:

«Que me quemé ó no me quemé
Se me da medio comino;
Lo que me quema y me come
Es que un fraile me ha vencido.»

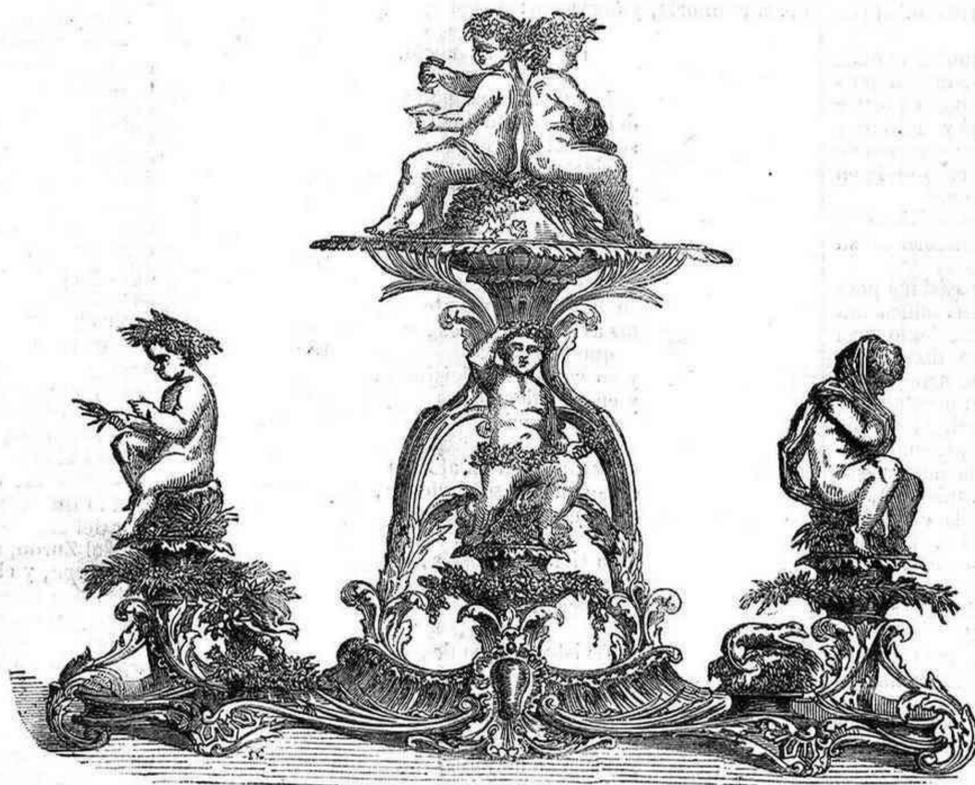
Y luego de esto se oyeron unos aullidos y blasfemias tales, que el predicador del *auto de fe* tuvo que mandar al *súcubo* relajado que callara, y se calló. Los hechos vistos y las palabras oidas de todo el mundo volaron de lengua en lengua hasta los oídos del corregidor, que de todo recibió gran pena, y dió graves muestras de su dolor con la vara de la justicia sobre sus propias carnes, hasta que murió penitente, y Dios le haya en su santa gloria.

—Amen.
—Amen.
—Amen.

Repitió el corro, menos Martin, que dijo no ser aquello mas que una zampaña, y en los presentes tiempos inventivas sin filosofía como la tarasca. Añadió Martin que él acababa de aprender un género nuevo de literatura, el cual en la modes-



Organo.



Sobre-chimenea.

ta forma de cuentos encierra lo mas selecto, lo mas elevado, lo mas maravilloso y filosófico que la imaginacion, el ingenio y el talento de los hombres ha podido abrazar, llenando al propio tiempo aquel precepto de Horacio de juntar lo útil con lo deleitable; pero que de los circunstancias, excepto el señor cura, por ser un tanto teólogo, los demás eran todos gente de poco alcance y de la estofa de aquella que llama mentira á la verdad escondida, *poesias* á la elevacion, y delirio á la metafísica, quedándose después de leer, como si no hubieran desayunado el entendimiento.

Dijo muchas cosas mas, harto fundadas sobre el particular, á las cuales cosas el domine avinagraba el gesto, y el cirujano tambien, á pesar de ser el último un materialista como una loma; pero Martin, que llamaba franqueza á la desvergüenza, concluyó diciendo: que el nuevo género, cultivado con especialidad en Alemania, y que estaba indicando, mas que el movimiento comercial, y mas que las revueltas á viva fuerza, la tendencia filosófica del siglo, se llamaba *fantástico*, y que él se abstenia de contar un cuento al uso, porque lo juzgaba predicar en desierto..

(Continuará.)
A. ROS DE OLANO.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

PUPITRE DE SEÑORA.

Lo que hemos espuesto acerca del velador de M. Tahan, es exactamente aplicable á este hermosísimo mueble, digno de figurar en el gabinete de una dama. Es otro de los objetos en que el artista ha hecho gala de su ingenio: las tapas y las partes interiores están llenas de incrustaciones de oro y plata de un gusto esquisito, que unidas á un trabajo delicadísimo hacen que este pupitre sea uno de los adornos mas útiles y preciosos para un retrete.

VELADOR.

Entre los diferentes objetos de ebanisteria construidos y presentados por M. Tahan, merece citarse el velador, cuyo dibujo ofrecemos. Es un mueble sencillísimo y precioso por su elegancia y por su trabajo. M. Tahan ha encontrado el secreto de convertir un oficio en arte. Todos los objetos que salen de sus manos llevan el sello del ingenio. Ya hemos hablado de sus neceseres de viaje: en cuanto al velador, solo debemos añadir que pertenece al mismo género que aquellos.

ÓRGANO DE KEETZING (DE BERNA).

Las mejoras que dicho artista ha introducido en este instrumento son verdaderamente muy importantes, y alcanzan á los grandes órganos de los templos. La muestra ó modelo que presentó en la Exposicion llamó desde luego la atencion de los inteligentes por la sencillez de su mecanismo y por la perfeccion de su trabajo.

M. Keetzing ha hecho mas que esto: ha dulcificado notablemente los sonidos del órgano, disponiendo el teclado de modo que ofrece mucha menos dificultad su pulsacion á los profesores, que la que generalmente se observa en los órganos comunes.

SOBRE-CHIMENEA.

Este es un adorno de puro lujo, destinado á embellecer el gabinete de una hermosa: su trabajo es esquisito, y pertenece al inmenso número de obras caprichosas de bronce que esponen todos los dias al público los artistas franceses. Ya se van desterrando de las chimeneas los relojes, ocupando su lugar grupos, candelabros, floreros enramados, y otros objetos tan extraños como sorprendentes. El adorno cuyo dibujo ofrecemos, es uno de los que mas boga han obtenido para figurar en el puesto que hemos indicado.

MELODIUM.

La suavidad de sonidos y una armonía dulcísima son las cualidades que recomien dan este instrumento, cuya adquisicion empieza á generalizarse en el extranjero. Es un mueble precioso que adorna el gabinete de las damas y las distrae en sus momentos de tristeza. Su autor es el mismo M. Keetzing, de Berna, que ha llegado á perfeccionar el *melodium*, haciendo que puedan tocarse en él las mas complicadas piezas de música.